



**ESCUELA DE ARQUITECTURA, URBANISMO Y DISEÑO  
DEPARTAMENTO DE ARQUITECTURA Y URBANISMO  
MAESTRÍA EN URBANISMO Y DESARROLLO TERRITORIAL**

**INTERFASES TERRITORIALES: HACIA LA PRODUCCIÓN SOCIAL  
DE LOS ESPACIOS-RÓTULA. UNA REFLEXIÓN TEÓRICA PARA  
LA TRANSFORMACIÓN DEL ANÁLISIS TERRITORIAL**

**LUIS EDUARDO SOLANO JIMÉNEZ  
ABOGADO**

**TUTOR: ALEXANDER STWARD NIÑO SOTO  
PHD. CIUDAD, TERRITORIO Y SUSTENTABILIDAD**

**FECHA DE SUSTENTACIÓN: 13 de diciembre de 2016**

**BARRANQUILLA**

## **DEDICATORIA**

Dedico este logro a mis padres, quienes con su ejemplo de vida y su apoyo imperecedero son un faro que ilumina mi camino.

A mi amada Sara, que va junto a mí, y sujeta mi mano con fuerza para disipar todas las tormentas.

A mis hermanos, a mis abuelos y a mi tía porque nunca han dudado de mis capacidades y merecimientos, impulsándome siempre hacia delante.

## **AGRADECIMIENTOS**

Agradezco a mis profesores por haber compartido sus conocimientos con la esperanza de contribuir al crecimiento de sus alumnos; en especial a mis maestros Alexander Niño, Carlos Javier Velásquez y Günter Mertins por su visión para advertir mis potenciales y su confianza.

A la Fundación Universidad del Norte, porque gracias a ella pude aprender mucho más de lo que es posible en un aula de clases al darme la oportunidad de viajar a otros países y entrar en contacto directo con otras culturas.

# *INTERFASES TERRITORIALES: HACIA LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE LOS ESPACIOS-RÓTULA*

**Una reflexión teórica para la transformación del análisis territorial**



## TABLA DE CONTENIDO

RESUMEN .....	6
INTRODUCCIÓN.....	7
MARCO CONCEPTUAL .....	12
PLANIFICACIÓN Y CONSOLIDACIÓN URBANA EN AMÉRICA LATINA .....	12
LA PRODUCCIÓN SOCIAL DEL ESPACIO.....	20
Justicia espacial .....	24
CATEGORIZACIÓN ESPACIAL .....	29
La ontología del límite geográfico .....	31
DISERTACIÓN.....	41
HACIA UNA NUEVA CATEGORÍA DE INTERPRETACIÓN DEL ESPACIO ...	41
HACIA UNA DEFINICIÓN DE <i>INTERFASES TERRITORIALES</i> .....	46
LA JUSTICIA DE LOS ESPACIOS-RÓTULA .....	60
CONCLUSIÓN .....	68
BIBLIOGRAFÍA .....	71

## RESUMEN

Con esta reflexión teórica se hace un aporte al debate sobre la misión de la planificación urbana, sus métodos e instrumentos. La investigación pretende aproximarse a la construcción de una nueva categoría que permita superar las limitaciones de la disciplina a la hora de interpretar el territorio. Estas limitaciones se han evidenciado no sólo con la expansión de las ciudades latinoamericanas por fuera de los márgenes fijados en los planes, sino también con problemáticas urbanas sin solución aparente como la segregación socioeconómica, la gentrificación, el déficit de servicios o el comercio callejero.

Los instrumentos racionalistas de la planificación territorial –como la clasificación del suelo– resultan demasiado arbitrarios o rígidos al ignorar flujos que no se circunscriben a límites geométricos deterministas. Es por esto que se considera pertinente el uso de una categoría que comprenda mejor el espacio como producto social, y que sirva de base para adoptar medidas encaminadas a la búsqueda de la justicia espacial.

Las injusticias espaciales están dadas por la interacción entre espacios heterotópicos producidos por las contradicciones del capitalismo, de forma que la relación limítrofe que existe entre ellos es vital para contrarrestar las exclusiones. En este sentido, la identificación de *interfases territoriales* o espacios-tiempos de conflicto e hibridación constituye un paso fundamental para la producción social de espacios-rótula (o de articulación) a través de procesos de planificación flexible y participativa.

**PALABRAS CLAVE:** interfase territorial, planificación flexible, espacio de articulación, justicia espacial

# INTRODUCCIÓN

Durante el siglo XX las ciudades latinoamericanas experimentaron una explosión demográfica que ha llamado la atención de los científicos sociales de todo el mundo, y aunque el ritmo de la expansión urbana parece haber disminuido tras el cambio de milenio, en África no ha hecho otra cosa que acelerarse; por tanto, sin restarle valor a las enormes diferencias entre ambos continentes y las particularidades de cada localidad, nuestra comprensión del espacio podría servir de referencia para otros países que también forman parte de la periferia global.

América Latina es considerada una región emergente, donde, pese a la abundancia de recursos naturales, imperan la pobreza, la desigualdad y la corrupción. Nuestras ciudades son espacios de la segregación, no sólo manifiesta en las diferencias socioeconómicas entre zonas de distintas clases sociales, sino también en la disparidad del acceso al derecho a la vida urbana representado en la cultura, el conocimiento y la política, sin dejar a un lado los servicios públicos.

Las causas del rezago económico de los países de América Latina radica en la intrincada y todavía misteriosa relación que existe entre factores endógenos y condicionantes exógenos<sup>1</sup>. América Latina, ajena a las dinámicas que dieron origen al modo de producción capitalista, fue incluida en el sistema-mundo, pero en él le correspondió una posición periférica como mercado de materias primas. Por ello, la región vivió una industrialización tardía y demasiado débil que apenas duró unas cuantas décadas del siglo XX.

---

<sup>1</sup> La teoría de la dependencia establece que la dependencia es un condicionante del desarrollo de las naciones periféricas, puesto que moldea las estructuras socio-económicas internas de forma que sus márgenes de maniobra se encuentran limitados, aunque estos pueden ser más anchos o angostos en función de productos estratégicos o coyunturas particulares (Bambirra, 1978).

Sin embargo, aunque tardía, la industrialización provocó el florecimiento de las ciudades burguesas, y estas, como epicentros de la modernización, atrajeron a los moradores rurales que rehuían de las estructuras estáticas del mundo agrario.

En un principio, las autoridades y elites burguesas de América Latina sintieron fascinación por las formas del urbanismo europeo, abocado al embellecimiento y al higienismo. Pero en Norteamérica la detonación de la producción fordista había propiciado el ascenso del oficio del planificador, quienes bajo la égida del aparato político, debían abogar por el desarrollo regional con base en la racionalidad totalizadora de la Ciencia.

Esa racionalidad totalizadora que demandaba la ciudad industrial hizo eco en la arquitectura, desde donde se dieron respuestas por medio del modernismo funcionalista. La Carta de Atenas posterior al CIAM de 1931 fijó los pilares de este nuevo paradigma, y rápidamente los instrumentos del funcionalismo (zonificación, plan regulador, plan piloto, densidades, alturas, centros cívicos, etc.) se propagaron por todo el mundo. América Latina no fue la excepción. Ante el entusiasmo de la industrialización por sustitución de importaciones, varios gobiernos de la región contrataron a los arquitectos de la TPA (Town Planning Associates) que representaba el movimiento modernista para que formularan los planes locales.

No obstante, la industrialización tardía no fue suficiente para emplear a los miles de migrantes rurales que llegaban anualmente a las ciudades. Al cabo de apenas unos años, las dinámicas de expansión y consolidación urbana echaban por tierra los planes reguladores.

Los vientos de cambio de la década de 1980 trajeron consigo una forma más flexible de entender el urbanismo o la planificación, la cual se sabe ahora estratégica para una mejor adaptabilidad a la incertidumbre y la diversidad de la

globalización. Cabe resaltar que como método se consolidó el «proyecto urbano» de escala intermedia, que supuso una transición entre el plan y el proyecto para facilitar la transformación de la ciudad en acotadas piezas. En la práctica empero América Latina parece seguir formulando y aplicando los planes con la misma rigidez que fracasó en el siglo XX, porque aunque ya no son ciudades las que se expanden sin control efectivo, las grandes metrópolis se saturan de espacios heterotópicos, de segregaciones o exclusión.

Puede decirse entonces que la dificultad que el planificador urbano latinoamericano ha tenido se debe a que él mismo constituye una pieza del aparato político de un Estado, y cuya función consiste en elaborar planes que orienten el desarrollo de la ciudad, pero al mismo tiempo contrarresten los efectos «secundarios» de ese desarrollo (que es un paradigma capitalista): la exclusión o segregación. Esta paradoja se ha convertido en un lastre demasiado pesado en América Latina.

Ante el fracaso del modelo funcionalista, la crítica marxista y la toma de conciencia de la necesidad de una mayor flexibilidad, surge la pregunta ¿cómo pueden adaptarse los viejos instrumentos del racionalismo a la realidad social de las segregaciones o exclusiones?

Por lo anterior, en este trabajo se hace una reflexión teórica sobre la pertinencia de una nueva categoría geoespacial o de análisis territorial que le sirva al planificador urbano latinoamericano para superar la paradoja ideológica de su oficio y las limitaciones ontológicas de la categorización racionalista a la hora de abordar procesos de expansión urbana u otras problemáticas espaciales que se producen en razón de las contradicciones inherentes al capitalismo.

Sin contar esta introducción, el trabajo está dividido en tres partes: en primer lugar, el marco conceptual, donde se recogen las teorías y conceptos que serán los

referentes para efectuar la reflexión; luego sigue propiamente la disertación, que consiste en un análisis sustentado en el marco conceptual para alcanzar mediante un razonamiento lógico el objetivo de la reflexión; y por último se presentan las conclusiones.

El marco conceptual inicia con un compendio de la evolución histórica del quehacer del urbanista o planificador en América Latina con el fin de contextualizar el problema de la segregación ante la planificación urbana, usando el ejemplo de la consolidación urbana como espacio de la exclusión.

Luego, se reseña la teoría de la producción social del espacio, la cual introdujo al marxismo las temáticas del espacio y la ciudad. Esta teoría servirá de fundamento conceptual o de dorsal teórica para toda la reflexión, porque con base en ella se encontrarán explicaciones para las problemáticas que aquejan las ciudades de América Latina y el resto del mundo, aludiendo al materialismo histórico que interpreta la sociedad según el modo de producción. Emparentada con la teoría anterior, se recurre también a la teoría de la búsqueda de la justicia espacial, ya que esta reflexión apunta a hacer un aporte hacia la renovación del oficio del planificador urbano a partir de la comprensión de la injusticia espacial evidente a causa de la segregación.

Por último, y aún dentro del marco conceptual, se exponen algunos preceptos de la ontología de la categorización espacial en lo respectivo a límites geográficos. Estos aportes desde la geografía son vitales para entender las limitaciones de los instrumentos o categorías racionalistas que aún siguen vigentes en el ejercicio de la planificación urbana y territorial; y sobre todo para construir la nueva categoría.

La disertación tiene, a su vez, tres partes. En la primera, se contrastan las categorías racionalistas y dicotómicas «suelo urbano» y «suelo rural» ante la teoría de la producción social del espacio y frente a los aportes de la geografía

ontológica para demostrar teóricamente la necesidad de una nueva categoría que agrupe los espacios diferenciadores de espacios definidos por la dialéctica capitalista (formal-informal; rico-pobre; privilegiado-segregado; etc.).

En la segunda parte de la disertación se identifican las características de esa nueva categoría a través del análisis de algunas subcategorías geográficas utilizadas para describir fenómenos espaciales que son límites o diferenciadores en sí mismos y de algunas problemáticas urbanas que responden a esas contradicciones del capitalismo. En la tercera parte de la disertación se pretende inspirar una transformación radical del quehacer del planificador urbano a partir de la búsqueda de la justicia espacial aplicada a las interfases territoriales, con el fin de que estas se conviertan en espacios-rótula o de articulación. Finalmente, se realiza una conclusión que recoge de manera sumaria el recorrido de la reflexión.

## **MARCO CONCEPTUAL**

### **PLANIFICACIÓN Y CONSOLIDACIÓN URBANA EN AMÉRICA LATINA**

Los términos planificación urbana, gestión urbana, planificación territorial, ordenamiento (u ordenación) territorial y urbanismo generan confusiones debido a los abigarrados matices que diferencian unos de otros. Entonces merece la pena aclarar algunas cuestiones al respecto.

La primera distinción que corresponde formular concierne a la diferencia entre urbano y territorial. En principio, la diferencia parece lógica: el segundo puede abarcar al primero, por cuanto lo urbano es también territorial. Pero el concepto de territorio algunas veces está asociado a la sola noción de lo físico tangible, aunque ello contraría la tendencia general de comprender el territorio como sinónimo de espacio geográfico (Rodríguez, 2010): el espacio en relación con el hombre; sólo así puede englobar a lo urbano también y sólo así tiene sentido la aplicabilidad del concepto en el desarrollo que se le ha dado.

En segundo lugar, es menester distinguir entre planificación, gestión y ordenamiento. La principal característica que tienen en común es su función pública, es decir, todas responden a actividades enmarcadas en la política o el ejercicio del poder gubernamental, por lo que están estrechamente ligadas a las técnicas administrativas de la Ciencia Política.



Planificación y gestión no son términos intercambiables, porque se refieren a tiempos distintos, y por tanto, a diferentes actividades. Planear siempre remite al futuro, al intento de prever la evolución de un fenómeno o sus posibles desbordamientos para tomar medidas contra problemas probables, o para tomar partida de beneficios probables. Por otro lado, gestión remite al presente: gestionar significa administrar una situación dentro del marco de los recursos disponibles y teniendo en vista las necesidades inmediatas. (Souza, 2004; como se cita en Bremm et al., 2009).

En cambio, las diferencias entre ordenamiento y planificación son mucho más sutiles, apenas lexicales. El matiz que los diferencia estaría en las acciones implícitas que supone la posterior gestión del plan y el carácter inmediato del establecimiento de un orden particular.

Por último, urbanismo es un término polisémico, con una fuerte carga histórica, que es donde radica su distintivo, como se apunta más adelante.

El urbanismo está relacionado con el análisis de los aspectos de la arquitectura de la ciudad o las características de lo construido (Haumont, 1996): el trazado de las calles, la morfología, las plazas, los andenes, etc., y por tanto, sirve de inspiración al derecho urbanístico. Pero, el urbanismo también ha hecho carrera como la disciplina que persigue la comprensión del espacio construido y su correlación con las actividades del hombre. El urbanismo aglutina los conocimientos y las prácticas que sirven de base para la planificación urbana, estrechamente vinculados tanto a las técnicas urbanísticas que surgieron de la arquitectura como a las teorías sobre lo urbano elaboradas desde la sociología, la geografía, la economía, la ciencia política y la misma arquitectura.

El origen del urbanismo como disciplina se remonta al siglo XIX, puesto que antes de la revolución industrial, las disposiciones sobre la ubicación y construcción,

básicamente correspondían a la «voluntad del príncipe», como se constata con la ordenanza de Felipe II en el año de 1573 para la construcción de ciudades en el Nuevo Mundo.

El urbanismo moderno no surge sino hasta mediados del siglo XIX para responder a los problemas generados por los procesos de industrialización y urbanización que tenían lugar en Europa (Caravaca, 2016). Por ello, en un principio, la necesidad de una suerte de planificación urbana surge en Inglaterra “para mitigar los efectos ‘ambientales’ que el crecimiento urbano produjo debido al traslado de los medios de producción y de la migración de la población del campo a la ciudad” (Carrión, 2001).

Dado que las economías latinoamericanas fueron predominantemente agrarias o mineras hasta la depresión de 1929, durante las primeras décadas del siglo XX el debate sanitario en Europa influenciaría diversas propuestas de renovación y extensión urbana en las capitales latinoamericanas (Almandoz, 2007).

Así, Latinoamérica permaneció bajo el influjo del urbanismo europeo de la Belle Époque, siguiendo de cerca la tradición científicista o academicista que se había inspirado en las experiencias urbanísticas del París haussmanniano, así como también de la Barcelona de Ildefonso Cerdà, del Ring de Viena, del Berlín de Hobrecht y la utopía de la ciudad jardín de Ebenezer Howard (Heineberg, 2006; Petti, 2010). Lo anterior configuró una agenda urbana de reformas higiénicas y habitacionales de los centros históricos, complementada por los suburbios residenciales para la burguesía (Almandoz, 2007).

Mientras las ciudades latinoamericanas se expandían demográficamente, ya aparecían las primeras prácticas de zonificación en Frankfurt y Nueva York (Fainstein & DeFilippis, 2016; p. 300-301). Pero la acelerada urbanización de América Latina convirtió a las antiguas capitales coloniales en urbes emergentes

que alcanzaron magnitudes que rivalizaban con metrópolis europeas y norteamericanas en peso demográfico (Almandoz, 2007).

Es importante anotar que para entonces dominaba el mundo la doctrina del determinismo científico, que se constituyó como el paradigma de la ciencia, la cultura y la economía. Ya en la primera mitad del siglo XX, el sistema de producción se basaba en la previsibilidad del futuro de la industria fordista, e igualmente la planificación urbana se adscribió al racionalismo radical, primero con las obras de Tony Garnier, y luego con los postulados del movimiento moderno funcionalista, cuyos preceptos serían recogidos en los CIAM (Parraguez et al., 2006), con base en los que todas las ciudades del mundo, en mayor o menor medida, han sido condicionadas por el paradigma del racionalismo (Arias, 2003).

Hacia fines de la década de 1920, el despegue industrial y la expansión demográfica de las ciudades latinoamericanas evidenciaron la urgencia de adoptar planes, los cuales fueron emprendidos por los gobiernos locales apoyados con expertos foráneos –Forestier, Rotival, Le Corbusier, Brunner, etc.– y nuevas generaciones de profesionales nacionales (Almandoz, 2013; p. 232). Sin embargo, a diferencia de los países europeos, donde la consolidación disciplinar estuvo acompañada de una regulación legislativa, el urbanismo latinoamericano sólo parecía consolidarse a través de esos nuevos planes para las capitales y grandes ciudades, aunque poco de ellos se llevara a la práctica (p. 245).

Desde el período de la segunda posguerra hasta los años 1960, las economías latinoamericanas mostraron una prosperidad relativa marcada por el crecimiento industrial por sustitución de importaciones, esquema desarrollista propulsado por los regímenes democráticos y dictatoriales de la región, y aupado por la Cepal y otros organismos internacionales de reciente creación. Esta carrera por la modernización vía industrialización conllevó a que los países latinoamericanos finalmente abandonaran el urbanismo «embellecedor» para incorporar

dimensiones económicas, sociales y ambientales en la planificación técnica que el funcionalismo ofrecía, interés mucho más acorde con el *planning* norteamericano surgido en el período de entreguerras (p. 262).

Sin embargo, el desarrollo social y económico fue esquivo; de modo que la imagen moderna que algunas de las metrópolis latinoamericanas intentaban exhibir resultaba incompleta y distorsionada. (Almandoz, 2013; p. 277).

Ahora bien, la institucionalización de los preceptos de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna –CIAM– en realidad concretó el relevo del polo de referencia de Europa a Estados Unidos, del cual llegaron nuevos objetos (región y territorio) y nuevos instrumentos de planificación (planes maestros y zonificación). Esto convirtió a los jóvenes urbanistas en profesionales de la planificación, inspirados por los avances de la *Regional Planning Association of America* (RPAA) en Nueva York y California (Almandoz, 2013; p. 289).

Sin embargo, los niveles de urbanización en muchos de los países latinoamericanos duplicaban la participación industrial en sus economías, niveles que no podían ser absorbidos por el sistema productivo. En las décadas subsiguientes, la población rural empujada hacia las ciudades por «la búsqueda de la modernidad» terminó alojada en barriadas sin servicios públicos, dependiendo de la economía informal (Peñalva, 1986; Almandoz, 2007).

Ahora bien, la crisis del capitalismo en los años de 1970 cimentó las bases para el ascenso de una economía de mercado a nivel planetario, que desembocaría en la globalización actual, bajo la que el futuro se muestra volátil. Por ello, los planificadores contemporáneos se enfrentan a la baja probabilidad de hacer buenas predicciones, y en consecuencia, se ha adoptado la postura de aceptar la incertidumbre, tratar de comprenderla y convertirla en parte de su razonamiento (Ascher, 2001).

En vista de que la incertidumbre es una faceta estructural del entorno socioeconómico, “se requieren herramientas de análisis que ofrezcan mayor flexibilidad en la comprensión de un entorno cada vez más dinámico y complejo” (Fernández Güel, 1997; como se cita en Parraguez et al., 2006).

Con el advenimiento de la nueva economía postindustrial (en los países del Norte Global), se inicia una nueva fase de modernización de las sociedades, y surge el nuevo urbanismo, que se soporta en una gestión más reflexiva, adaptada a una sociedad compleja y a un futuro incierto. En este contexto, como principal instrumento de la planificación de las ciudades aparece la planificación estratégica, que consiste básicamente en un proceso creativo basado en una actuación integrada a largo plazo, estableciendo un sistema continuo de toma de decisiones que implica riesgo, identifica cursos de acción específicos, formula indicadores de seguimiento e involucra a los agentes sociales y económicos locales (De Mattos, 2003, como se cita en Parraguez et al., 2006)

No obstante, la nueva manera de gestionar ciudades también está al servicio del productivismo, guiado por la búsqueda del crecimiento y la competitividad mediante la atracción de inversiones y actividades generadoras de empleo (Rodríguez et al., 2001; como se cita en Parraguez et al., 2006). Esta nueva perspectiva exige proyectar una imagen de ciudad dinámica, creativa y capaz de competir por consumidores internacionales y por inversiones productivas.

De acuerdo con Gorelik (2004), en América Latina este nuevo paradigma de origen neoliberal, que dirige la mirada a las virtudes del marketing urbano también acepta la fragmentación social y urbana. Sin embargo, esta necesidad, no sólo latinoamericana, de implementar políticas públicas adecuadas a las realidades específicas de cada ciudad y a los principios sociales universales, ha comenzado

a erosionar el ideario neoliberal. En América Latina parece haber iniciado, quizás en razón de la grave problemática urbana que no puede ignorarse.

Por lo anterior, según Gorelik, se asiste en la actualidad a una planificación *collage*, “que reúne mega-emprendimientos, sectores urbanos exitosos, etc., con el catálogo completo de buenas intenciones de la tradición reformista del urbanismo” (Gorelik, 2004).

Como se ha anotado, en América Latina la cuestión de la expansión urbana ha sido muy distinta a la ocurrida en los países hegemónicos, en cuyas periferias urbanas surgieron zonas residenciales para sectores sociales de ingresos medios y altos. Este mismo fenómeno en América Latina ha estado acompañado por el crecimiento del espacio periurbano bajo esquemas de pobreza, informalidad, ausencia de infraestructura, equipamientos y servicios básicos (Frediani, 2009, p. 108).

En consecuencia, los bordes rural-urbanos en América Latina han sufrido grandes mutaciones a lo largo de las últimas décadas en razón de procesos de expansión y consolidación urbana caracterizados por la periurbanización y la segregación socioespacial (Bazant, 2008; Ballén-Velásquez, 2014).

Este se trata de un proceso continuo de expansión que produce paralelamente otro de consolidación, densificación o saturación urbana, pero cada uno presenta variaciones de intensidad: concurren en un mismo espacio pero no al mismo tiempo, de forma que en una hectárea primero hay expansión luego saturación del terreno (Bazant, 2001a).

El crecimiento urbano así generado se caracteriza por contar con zonas de consolidación diferencial, ya que cada asentamiento se origina en momentos distintos, y por una gran mezcla de ordenaciones físicas, puesto que los

promotores y habitantes no coordinan sus actuaciones (LUB, 1974, como se cita en Puente, 2001).

Esta consolidación urbana es de carácter informal, no respeta los planes de ordenación ni las dificultades físicas del terreno. Bazant (2008) explica que:

“Es común que enormes extensiones de terreno que han sido legalmente decretados en los planes y programas para usos agropecuarios o de conservación ecológica, vitales para la recarga de acuíferos de la ciudad, sean lotificados y vendidos por ejidatarios o comuneros de manera ilegal. La magnitud y complejidad del fenómeno de conversión de usos del suelo de rurales a urbanos del territorio peri-urbano es tal, que los gobiernos locales de las ciudades lo acaban aceptando como un hecho ineludible e irreversible” (p. 118).

Por todo lo anterior, desde América Latina se plantea la necesidad de modificar las narrativas sobre los bordes rural-urbanos o espacios periurbanos para atender aspectos que inciden en su estructuración, comprendiendo el papel de líderes comunitarios, políticos ejidatarios o promotores, actores armados y urbanizadores piratas en la producción de las nuevas periferias, pero sobre todo para sentar una directriz para los entes institucionales (Ballén-Velásquez, 2014). En este sentido, Bazant (2001b) propone cambiar el enfoque totalizador de la planificación urbana en su tratamiento de las periferias para que actúe únicamente sobre aquellas zonas con invaluable contenido ambiental, sobre áreas que potencialmente pueden albergar equipamientos y servicios y sobre las líneas de comunicación o arterias primarias que estructuren funcionalmente la «nueva» ciudad. Así, se podrán asegurar los elementos ordenadores del desarrollo urbano (p. 223).

## LA PRODUCCIÓN SOCIAL DEL ESPACIO

La consideración del espacio como un receptáculo o escenario neutral donde se desarrollan las relaciones sociales había tenido eco en el seno de la sociología y la geografía hasta que Michel Foucault y Henri Lefebvre dictaran clases en el convulso París de los años sesenta y setenta del siglo XX (Soja, 1996).

No obstante, con base en la teoría de la construcción social de la realidad de Berger & Luckmann (1966) y el interaccionismo simbólico de Blumer (1969), ya podía aseverarse que el espacio sólo existe como mundo objetivo para el hombre porque la sociedad le ha conferido significados legitimados según un universo de símbolos, de modo que el espacio es en sí mismo un aspecto de la interacción social (Valera & Pol, 1994). Aunque esto guarda cierta coherencia con la teoría de Henri Lefebvre (1974), fue a partir de su obra que el espacio adquirió un nuevo papel en las Ciencias Sociales, especialmente en la geografía urbana.

Henri Lefebvre fue un sociólogo marxista, autoproclamado revisionista, que publicó en el año de 1974 una de las obras más trascendentales para los estudios urbanos: «*La production de l'espace*». En ella, Lefebvre afirmó que “cada sociedad, y por lo tanto cada modo de producción con sus sub-variantes, produce su propio espacio” (p. 90).

Por su parte, la conferencia de Michel Foucault «*des espaces autres*» en 1967, pero publicada en 1984 —el año de su muerte—, consolidó la puesta en escena del espacio, que ya se había hecho transversal en su obra, estremeciendo al mundo de la filosofía, la cual había tendido a preocuparse desde el siglo XIX por una dialéctica entre el tiempo y el ser.



Pese a que a esta nueva perspectiva accedieron primero los geógrafos latinos, como el brasileño Milton Santos (Janoschka et al., 2014), no fue sino hasta que se abrió paso en el mundo anglosajón que se cristalizó una nueva corriente dentro de la geografía, hasta entonces interesada en lo regional. En esta geografía radical o geografía nueva, como la llamó Milton Santos, se inscribieron reputados autores como el británico David Harvey y el norteamericano Edward Soja, los cuales comulgan y defienden la teoría de la producción social del espacio, cada uno con sus propios matices (Delgado, 2003).

David Harvey ve ampliada la teoría de la producción social del espacio de Lefebvre para comprender en ella también el tiempo como producto social (Delgado, 2003), lo mismo que Milton Santos (1990) al señalar que “cada actividad tiene un lugar propio en el tiempo y un lugar propio en el espacio” (p. 178).

Edward Soja continúa en esa línea y consigue recoger en la teoría del tercer espacio (*thirdspace*), derivada de la teoría de la producción social del espacio, e inspirado en el pensamiento dialéctico de Lefebvre, una conceptualización de la interrelación e interdependencia entre lo social, lo histórico y lo espacial. Para Soja (1996), el hombre participa individual y colectivamente en la construcción o producción de las historias, las geografías y sociedades, porque cada hombre es un ser histórico-socio-espacial (p. 73). Así, la producción social de la espacialidad es también la producción de la historia.

Cabe anotar que la teoría de la producción social del espacio no trata del espacio de las cosas, sino del espacio como globalidad o totalidad. Lefebvre buscaba una teoría unitaria del espacio (físico, mental y social), la del espacio del todo inmediato, cuya producción social es siempre inacabada porque el “espacio físico no posee ninguna realidad sin la energía que se despliega dentro de él” (p. 74) y debido a la inherencia recíproca entre lo mental y lo social; de tal forma que si “el

espacio es un producto, nuestro conocimiento sobre él reproducirá y explicará ese proceso de producción” (p. 96).

Producto y producción son inseparables, por lo que la producción social del espacio acarrea la reproducción espacial de la sociedad. El espacio implica, contiene, disimula y reproduce las relaciones sociales. “Lo mental se **realiza** en una concatenación de actividades sociales porque la ficción se torna realidad en el Templo, en la Ciudad, en los monumentos y en los palacios” (p. 291).

Conforme a la teoría, la sociedad asigna los lugares apropiados para las relaciones sociales de reproducción (biofisiológicas) y las relaciones sociales de producción. Asimismo, el espacio también contiene representaciones de la doble interferencia entre estas relaciones. Lefebvre se detiene ante el ejemplo de la morada campesina, y dice de ella que “expresa e implica relaciones sociales” (p. 139); y luego refuta la negación de la ciudad moderna como derivación de la sociedad capitalista (p. 154).

Para Lefebvre la conquista espacial es clave en el fortalecimiento y consolidación del capitalismo (imperialismo, globalización, etc.), puesto que “el espacio es un producto del modo de producción, y su comprensión requiere el conocimiento de la forma como opera dicho modo de producción, como proceso histórico-geográfico” (Delgado, 2003, p. 82). En este sentido:

“El capitalismo se sirve de todas las abstracciones, de todas las formas, incluida la ficción jurídica y legal de la propiedad de todo cuando parecía irreductible en principio a la apropiación privada o privativa (la naturaleza, la tierra, las energías vitales, los deseos, las necesidades)” (Lefebvre, 1974; p. 383).

En la producción del espacio, de acuerdo a sus cualidades o atributos, interviene de diferentes formas, dependiendo de cada sociedad y los modos de producción (p. 104), una tríada hombre-espacio:

- 1) La práctica espacial: la percepción del espacio en la vida cotidiana, mediante la cual la sociedad secreta el espacio; “lo produce lenta y serenamente apropiándose de él” (p. 97). En la práctica espacial predomina la reproducción de las relaciones sociales, pues consiste en una proyección sobre el terreno de todos los aspectos, elementos y momentos de la práctica social (p. 69). “Es el proceso de producción de la forma material de la espacialidad social, medio y producto de la actividad humana, comportamiento y experiencia” (Soja, 1996; p. 66).
- 2) Los espacios de representación: La vivencia del símbolo o imaginario socialmente otorgado al espacio. Se trata del espacio dominado o pasivamente experimentado (Lefebvre, 1974; p. 98).
- 3) Las representaciones del espacio: la concepción o conceptualización científica, político-técnica del espacio. Es el lenguaje que busca definiciones de lo vivido y lo percibido, pero, surgido de la cercanía del saber y el poder, se efectúan en el espacio imponiendo un «orden» que se vincula a las relaciones de producción, mediante palabras y relaciones frontales. Las representaciones del espacio son el espacio abstracto, instrumentalizado y clasificatorio. Según Harvey (1990), “abarcan todos los signos y significaciones, códigos y saberes con los que las prácticas espaciales se comentan y se comprendan, sea con las nociones del sentido común cotidiano, sea con la jerga, a veces enigmática de las disciplinas académicas” (p. 244).

La historia del espacio entonces debe interpretar los espacios de representación y las representaciones del espacio, pero sobre todo sus vínculos mutuos y de los lazos de estos con la práctica social (Lefebvre, 1974; p. 170).

De conformidad con los postulados de Foucault (1984), el espacio de la sociedad actual es el de los lugares definidos por sus relaciones de proximidad. Pero existen algunos que tienen la propiedad de estar en relación con todos los demás a través de heterotopías o representaciones que la sociedad hace recaer sobre emplazamientos reales generando diferencias. Lefebvre afirma que lo diferente es en primer término lo *excluido*: por ejemplo, las periferias (p. 405), luego asevera que:

“Las enormes aglomeraciones de chabolas de América Latina (favelas, barrios ranchos, etc.) contienen una vida social mucho más intensa que las zonas aburguesadas de las ciudades. Esta vida social se traduce en la morfología urbana, pero no persiste sino defendiéndose y atacando en el curso de las formas modernas de la lucha de clases. Pese a la miseria, la disposición del espacio —casas, muros, plazas— despierta una inquieta admiración. La apropiación alcanza ahí un nivel muy notable. La arquitectura y el urbanismo espontáneos (salvajes, según la terminología que pasa por elegante) se revelan muy superiores a la organización del espacio propuesta por los especialistas que efectivamente realizan «sobre el terreno» el orden social, incluso cuando no ejecutan las órdenes de las autoridades económicas y políticas” (Lefebvre, 1974; p. 405).

En el párrafo citado arriba Lefebvre trae a colación el caso de las aglomeraciones latinoamericanas como un ejemplo de espacios producidos socialmente desde la exclusión. Anota Torres (2009) que la informalidad de las ciudades latinoamericanas corresponde a la supervivencia de un estado de vida en el límite.

## **Justicia espacial**

El concepto de justicia espacial, acuñado por Edward Soja —aunque no el único que ha desarrollado conceptualizaciones en esta línea— encuentra sus raíces en el derecho a la ciudad (*droit à la ville*) que Lefebvre planteó en una obra publicada con ese nombre en el año de 1969.

Para Lefebvre se trata más bien del derecho a renovar la vida urbana, de recobrar e intensificar el carácter de integración y participación que estas tenían (Lefebvre, 1968, p. 122). El derecho a la ciudad evoca una lucha contra la segregación (exclusión) que destruye morfológicamente la ciudad.

El concepto original de Lefebvre fue posteriormente compactado con poderosas ideas de las consecuencias geográficas de la vida urbana y la necesidad de que aquellos más afectados negativamente por las condiciones de la ciudad tomaran control sobre la producción social del espacio urbanizado (Soja, 2010; p. 5).

Según David Harvey (2008), el derecho a la ciudad es el derecho colectivo de darle una nueva forma al proceso de urbanización, la libertad de transformar la ciudad.

David Harvey fue uno de los primeros autores en realizar un examen minucioso de la geografía urbana de la injusticia y la discriminación, profundizando en las operaciones y procesos cotidianos. Se enfoca tanto en el funcionamiento normal de los mercados de trabajo, vivienda y bienes raíces como en las decisiones locativas de planificadores, banqueros, desarrolladores y vendedores al por menor (Soja, 2010; p. 48).

Sin embargo, ya desde los años cincuenta del siglo XX, con los aportes de François Perroux y Gunnar Myrdal, se comenzó a reconocer que el «desarrollo» no ocurre uniformemente en el espacio. Estos autores argumentaron que el desarrollo desigual surgía en gran parte de las dinámicas expansivas de las aglomeraciones urbanas que persistentemente basaban su desarrollo sobre ventajas iniciales (Soja, 2010, p. 63).

Para Harvey, desde sus albores las ciudades se han erigido en razón de la concentración de productos excedentarios, y esto ha sido siempre un fenómeno de

clase porque el valor comercializado del excedente es extraído de alguna otra parte o de alguien más. Esta situación se mantiene bajo el capitalismo, el cual apunta a la producción de excedentes para la retención de la plusvalía (la ganancia que obtiene el empresario de la no retribución total del valor producido por el trabajo de sus empleados); la cual debe ser reinvertida para generar más excedentes. Las inversiones sucesivas devienen en la expansión de la producción de excedentes o acumulación de capital, que se reproduce en el crecimiento de las ciudades (2008).

Sin embargo, la necesidad de encontrar tierras para la producción de capital y para la absorción de plusvalía configura las políticas del capitalismo y enfrenta al empresario a obstáculos para la expansión. Por tal razón, el capitalismo implica la búsqueda constante de nuevos recursos y medios de producción, de modo que se ejercen presiones sobre el medio ambiente o la apertura de territorios para la extracción de materias primas, lo que es el objetivo de los esfuerzos imperialistas y neocoloniales (Harvey, 2008).

Las actividades cotidianas del funcionamiento normal de un sistema urbano son la principal fuente de desigualdades e injusticias, puesto que la acumulación de decisiones locativas en una economía capitalista tiende a la redistribución del ingreso real a favor de los ricos en detrimento de los pobres, e incluso este proceso puede operar sin las formas rígidas de la segregación espacial (Soja, 2009).

De otra parte, Soja (2010) afirma que la producción de la injusticia espacial se da a varias escalas. El Tercer Mundo, o la periferia global, es similar a las zonas segregadas de una ciudad: un área sin inversiones y sobreexplotada. Sin embargo, de la misma forma que ocurre con la segregación urbana, la global no es necesariamente producto de la avaricia de capitalistas que conspiran para drenar la riqueza como si dibujaran una línea roja alrededor de un país. Las zonas

segregadas emergen principalmente de las operaciones cotidianas del mercado y la búsqueda competitiva del máximo beneficio (p. 58).

Con todo, es fácil culpar al Banco Mundial, al Fondo Monetario Internacional, a la Organización Mundial del Comercio e incluso a las Naciones Unidas, por la persistencia de las disparidades globales y el ensanchamiento de las brechas en el ingreso. Pero estas instituciones, siguen la insistente lógica del mercado más que la búsqueda intencionada de la pobreza. “Las raíces del desarrollo geográficamente desigual son mucho más profundas que las operaciones superficiales de las instituciones globales (Soja, 2010; p. 59).

Bajo el capitalismo la segregación parece inicialmente una característica fundamental de la producción y la urbanización, y por lo tanto constituye el objetivo central de las luchas por la justicia. Las expresiones de la injusticia son más complejas de lo que parecen, y en lugar de ser caracterizadas como buenas o malas, se requiere que sean contextualizadas como surgimientos de las estructuras subyacentes relacionadas con la ubicación de ventajas y desventajas (p. 55).

Desde Lefebvre hasta Edward Soja, tanto la noción del derecho a la ciudad como el de la búsqueda de la justicia espacial han estado ligados a la restructuración de la actividad del planificador urbano.

También para Lefebvre la segregación no es un efecto del azar ni de coyunturas locales, sino de la práctica espacial capitalista resultante también de una estrategia ideológica recubierta de racionalidad sintetizadora y de la especialización extrema, que parcializa o fragmenta el conocimiento (Lefebvre, 1969, p. 115).

Por ello, Lefebvre aboga por una ciencia crítica de la ciudad que permita abrirse a la utopía experimental de cara a la elaboración realista de lo posible, pero sobre todo, con mucho énfasis, señala que la estrategia urbana fundada en la ciencia de la ciudad para operar tiene necesidad de fuerzas políticas, y sobre todo, apoyo social, ya que sólo los grupos capaces de iniciativas revolucionarias pueden llevar hasta su plena realización las soluciones a los problemas urbanos (p. 132-133).

Para Lefebvre es claro que los arquitectos, urbanistas, sociólogos, planificadores, políticos, filósofos y economistas no tienen el poder racional, políticamente instituido, para renovar la ciudad, ya que no pueden decretar relaciones sociales nuevas. En ocasiones pueden ayudar a las tendencias a reformularse, pero sólo la vida social tiene el poder para ello. Los expertos “pueden allanar el camino, pueden proponer, ensayar o preparar formas. Y también (y sobre todo) inventariar la experiencia adquirida, sacar lecciones de los fracasos, ayudar al alumbramiento de lo posible mediante una mayéutica nutrida de ciencia” (Lefebvre, 1969; p. 128).

Edward Soja (2010) ensalza la reciente aparición en el Norte Global de coaliciones de activistas locales con nuevas ideas sobre la democracia regional a una escala metropolitana, así como la constitución de alianzas entre estos activistas del desarrollo comunitario con planificadores regionales progresistas.

El autor trae a colación uno de los ejemplos que considera más dramáticos en el impacto de las aproximaciones teóricas de la búsqueda de la justicia social: el caso del Sindicato de Pasajeros de Autobuses de Los Ángeles (sede de la Universidad de California a la que Edward Soja pertenecía). En dicha ciudad, tras los disturbios de 1992 se habían creado organizaciones sociales con el respaldo del sector académico.

En 1996 una corte ordenó la Autoridad de Tránsito Metropolitano de los Ángeles (MTA) que frente a sus planes de construir un sistema ferroviario para los



suburbios, se diera prioridad presupuestal a la compra de nuevos buses, a la reducción de los crímenes en las paradas, mejoramientos en las rutas y tiempos de espera. Esta decisión fue el resultado de las demandas del Sindicato de Pasajeros de Autobuses, organización de la sociedad civil que representaba a los inmigrantes pobres que dependían de una red de buses más flexible, dado a sus múltiples trabajos domésticos. Esto significó que millonarios recursos públicos que iban a invertirse en un plan ferroviario que habría beneficiado más a los ricos que a los pobres, como es usual en las ciudades capitalistas, se invirtiera en un plan sin precedentes que beneficiaba más a los pobres que a los ricos, y así la red de buses de Los Ángeles se convirtió en un modelo de eficiencia (Soja, 2009).

En América Latina, Medellín ha dado fuerza a una tendencia denominada urbanismo social, la cual consiste en darle énfasis a la transformación de los espacios marginalizados mediante operaciones urbanísticas dirigidas por las autoridades municipales con el fin de saldar la deuda social en relación con el espacio construido (Echeverri & Orsini, 2010).

## **CATEGORIZACIÓN ESPACIAL**

Desde una perspectiva más psicológica, la relación del hombre con su entorno se fundamenta en el proceso de categorización de los objetos<sup>2</sup>, puesto que el uso de categorías provee a las personas el máximo de información posible sobre el mundo percibido a través del mínimo esfuerzo cognitivo (Rosch, 1978, p. 2), lo cual les permite ubicarse, comunicarse y relacionarse.

---

<sup>2</sup> El espacio puede ser considerado como un objeto por cuanto es distinto al sujeto.

Pero al volver la mirada hacia el mundo de la categorización de los objetos, destaca el uso de las categorías para la investigación científica. De acuerdo con Hurtado de Barrera (2000), las categorías de análisis corresponden a abstracciones de las características comunes dentro de un grupo de objetos. Según Smith & Mark (1999, p. 247), se ha extendido una tendencia científica que interpreta las categorías como analogías de los conjuntos matemáticos, ya que tanto los conjuntos como las categorías agrupan objetos con base en su equivalencia para representar una generalidad.

Smith & Mark (p. 248) señalan cinco singularidades que merman la pertinencia de la analogía matemática para el caso de las categorías geográficas, aquellas que buscan hacer una interpretación del espacio:

- 1) Los objetos geográficos están atados intrínsecamente al espacio, de tal forma que adquieren propiedades estructurales de este.
- 2) La categorización geográfica a menudo depende del tamaño o la escala.
- 3) La comprensión de la existencia de categorías geográficas varía según el individuo o la cultura.
- 4) Los objetos geográficos son productos de delimitaciones dentro de un *continuum* en el cual otros objetos, incluyendo los humanos, viven o se mueven.
- 5) Los límites de los objetos geográficos son en sí mismos fenómenos que se perciben sólo para los propósitos de la categorización. Estos límites pueden ser nítidos, degradados o disputados.

Así pues, debido a las singularidades de la categorización espacial (Smith & Mark, 1999), este es un proceso *sui generis* porque exige interpretaciones adicionales que contrarresten o alivien la arbitrariedad de los límites categoriales con el fin de describir con mayor fidelidad la continuidad del espacio. Esto sugiere la necesidad de categorizar los límites de los objetos geoespaciales o límites inter-categoriales.

Sería una falacia afirmar que esto llevaría a un proceso de categorización *ad inifinitum*, puesto que el espacio de la Tierra es finito y se falsearía el proceso de categorización como generalización si se subdividieran los objetos geográficos de forma sucesiva.

Ahora, con el uso de categorías o conceptualizaciones el ser humano no sólo organiza su entendimiento del entorno (Rimassa & Fernández-Silva, 2014, p. 138), sino que con ellas se construye el espacio como realidad social. En este sentido, el análisis de las categorías espaciales no sólo interesa para conocer el proceso cognitivo que permite a los hombres ubicarse y moverse, sino también para identificar factores de la producción social del espacio, ya que estas categorías son representaciones del espacio al constituir las herramientas científicas o racionalistas del análisis territorial con base en las que planificadores, urbanistas etc., ejercen su oficio.

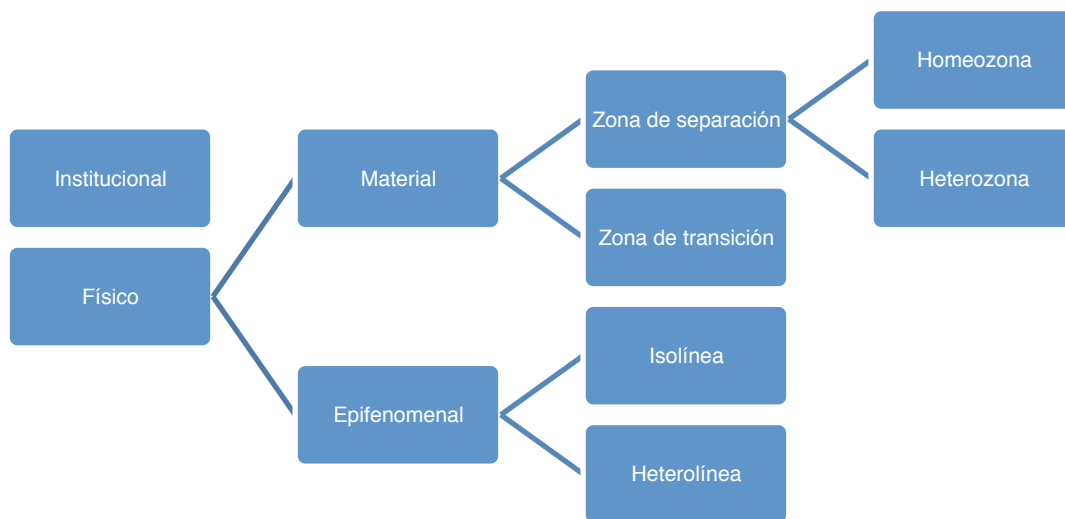
## **La ontología del límite geográfico**

Para Simth & Mark (1999), existen dos clases de límites que delinean los objetos o categorías geográficas, a los que denominan haciendo un préstamo de términos jurídicos: los límites de *bona fide* (buena fe) y los límites *fiat* (fiduciarios). Los primeros son aquellos que se corresponden con discontinuidades genuinas del mundo, mientras que los otros son representaciones humanas del espacio total o parcialmente independientes de tales discontinuidades. Por ejemplo, la superficie de los lagos o las islas son límites *bona fide*, mientras que las fronteras político-administrativas o las bahías obedecen a límites *fiat*. Bajo esta óptica, los objetos geográficos están definidos por cambios físicos percibidos a través de la experiencia de los sentidos y por convenciones sociales.

Sin embargo, Galton (2003) afirma que el mundo de los límites geográficos es altamente diverso, puesto que abarca fenómenos físicos, biológicos, psicológicos,

sociales y políticos, y la existencia de estos límites puede afectar el comportamiento de los objetos y las personas, de modo que los límites adquieren «vida propia».

Así las cosas, un límite puede ser sólo una línea que define una categoría o una categoría geográfica en sí misma. Bajo una óptica geo-ontológica, Galton (2003) clasifica los límites geográficos de la siguiente manera:



**Figura 1. Clasificación de límites según Galton (2003).**

Para el autor, los límites institucionales son aquellos que dependen de la mediación de la intencionalidad humana, como son las fronteras político-administrativas o los linderos de la propiedad privada. El resto, es decir, los que no se sujetan a la volición, son límites físicos, y están hechos de materia (materiales) o existen en virtud de la sola distribución de materia o energía (incluyendo el comportamiento humano —por ejemplo, las comunidades lingüísticas—) en el espacio y el tiempo, sin sustancia pero reales e independientes de los actos cognitivos del hombre (límites epifenomenales), llamados a ser «descubiertos» (Galton, 2003) o conceptualizados.

De acuerdo con los planteamientos de Galton (2003), los límites materiales son zonas de separación cuando el carácter de ese espacio es distinto al de las regiones que separa, o zonas de transición si el carácter es el de intermediación o gradación (p. 153). Sin embargo, en un segundo orden de límites materiales, una zona de separación puede estar rodeada de zonas de transición. Asimismo, todos los límites materiales implican a su vez límites epifenomenales allí donde ocurren los cambios de distribución de la materia, ya sea de forma abrupta o gradual.

Así como las zonas de separación son homeozonas o heterozonas, los límites epifenomenales pueden ser isolíneas y heterolíneas, dependiendo de la diferencia de los valores a cada lado del límite; en otras palabras, si las características delimitadas son las mismas o similares (el río que divide dos porciones de una llanura; curva de nivel entre dos magnitudes de altitud), o completamente distintas (la playa que separa la selva del mar; la interrupción de un bosque que da paso a una pradera).

Del trabajo de Galton (2003) se distinguen dos clases de límites: los límites que sólo delinean los espacios categorizados (*límites-línea*) y los límites que son espacios en sí mismos, a los que él llama con «vida propia» (*límites-espacio*), como las zonas de separación y las zonas de transición. A continuación se reseñará la cuestión de los límites geográficos, particularmente relacionados con las temáticas urbanas.

### ***Los «límites-línea»***

El término «límite» es utilizado con frecuencia no como categoría geoespacial que describe su propio contenido, sino que se recurre a la noción de límite con el solo propósito de delinear o categorizar un objeto geográfico. Es en este sentido que el límite ha preocupado al grueso de los urbanistas.

Por ejemplo, según Parr (2007), el límite urbano está dada por cuatro definiciones de la ciudad: a) la ciudad construida, que constituye el núcleo de las demás definiciones; b) la ciudad de consumo, un área dentro de la cual la mayor parte del consumo de bienes y servicios ocurre en la ciudad construida; c) la ciudad del empleo, un área en la que la mayoría de los residentes están empleados en la ciudad construida; y d) la ciudad de la fuerza laboral, el área requerida por la ciudad construida para mantener su volumen de empleo. En este orden de ideas, serían cuatro líneas epifenomenales las que marcarían la extensión de la ciudad de acuerdo con la magnitudes que se establezcan para definir las mayorías de consumo, empleo y fuerza laboral requerida.

En Colombia, la ley 388 de 1997 define oficialmente cómo límite de las zonas urbana y de expansión urbana el perímetro de servicios públicos. Sin embargo, las dinámicas de crecimiento sobrepasan dicha condición.

Así mismo, el límite sólo como línea que define el objeto «ciudad», también ha preocupado a los usuarios de los sistemas de información geográfica, quienes se han abocado a la tarea de teorizar sobre ese tema (Gadal & Jeansoulin, 2000; Abed & Kaysi, 2003). En este sentido, Tannier & Thomas (2013) aseguran que la identificación de los límites urbanos involucra el análisis tanto de aspectos funcionales como morfológicos del sistema, aunque los autores se decantan por la aproximación morfológica porque lo juzgan más objetivo y más fácil de comparar (p. 234). Desde esa perspectiva, propusieron un método de identificación de los bordes morfológicos de las aglomeraciones urbanas basado en la geometría fractal (Tannier et al., 2011).

Por su parte, Foster & Hipp (2011) proponen un método basado en el comportamiento peatonal para definir límites barriales que superen las definiciones

administrativas dado que estas no respetan la organización natural de las interacciones sociales fomentadas por el espacio.

Las interpretaciones de «límite» reseñadas en los últimos tres párrafos sólo hablan de un objeto, de lo que el límite delinea, y en vista de que el espacio es continuo, allí donde acaba lo que es morfológicamente y funcionalmente urbano existe otro espacio con sus propias morfologías y funciones que no necesariamente terminan donde acaba lo urbano; del mismo modo, un conjunto organizado de interacciones socioespaciales dentro de la ciudad no necesariamente termina donde acaba otro. Por ello, puede decirse que así como “actualmente no hay consenso acerca de la mejor forma de delimitar las aglomeraciones urbanas, ni en término de métodos ni de criterios” (Tannier & Thomas, 2013, p. 234), tampoco lo hay para delimitar los comportamientos intra-urbanos.

### ***Los «límites-espacio» o límites con “vida propia”***

#### ***Ecotono, zona de transición ecológica***

El concepto de zona de transición como categoría de límite geográfico ha sido utilizada profusamente en los estudios de biogeografía y ecología desde hace bastante tiempo. Ya en 1923, J.T. Nichols aseguraba que “el territorio indefinido existente entre dos áreas fáunicas debe ser considerado primordialmente como una zona de transición y no un área o sub-área fáunica” (Nichols, 1923; p. 153). Por su parte, según Ferro & Morrone (2014), Odum en 1971 y Holland en 1988 identificaron el *ecotono* como la zona de transición entre dos comunidades bióticas o ecosistemas adyacentes, concepto que se ha robustecido para abarcar paisajes y biomas, lo cual ha consolidando una categoría para las zonas de transición ecológica, significativa por su aporte al análisis de las interacciones y flujos ecológicos. Asimismo, ha habido interés en comprender los límites entre las partes

interiores de los paisajes ecológicos (Forman & Godron, 1981; Wiens et al., 1985; Naiman et al., 1988).

### ***Ecotono urbano-salvaje***

McGregor-Fors (2010) ofrece una visión biogeográfica del borde rural-urbano, que él llama ecotono urbano-salvaje, el cual separa el área intra-urbana de los entornos agrícolas, salvajes, rurales o suburbanos que la rodean. Basado en el efecto de barrera ecológica que representan las áreas periurbanas para comunidades aviarias, el autor sugiere el uso de cuatro espacios no estáticos: 1) El área intra-urbana, que comprende la mayor parte de la ciudad; 2) El área peri-urbana de una ciudad que abarca la zona donde el núcleo urbano o área intra-urbana se mezcla con sistemas adyacentes; 3) el borde urbano que representa la última frontera del total del área urbana, donde termina el derrame (*sprawl*), delimitando todo el polígono de la ciudad; y por último: 4) las áreas extra-urbanas que abarcan los sistemas ubicados en el área de influencia directa de la ciudad (como las micro-cuencas), incluyendo sistemas agrícolas, áreas suburbanas o rurales, e incluso hábitats naturales (p. 887).

### ***Interfase urbana-mundo salvaje***

Es la zona donde cualquier estructura o infraestructura construida por el hombre colinda, se encuentra o entremezcla con la vegetación de zonas vírgenes, por lo que se presentan conflictos medioambientales, como la destrucción de viviendas por incendios forestales, fragmentación de hábitats, introducción de especies exóticas y declive de la biodiversidad (Radeloff et al., 2005; Platt, 2010). Esta categoría también ha sido utilizada para referenciar el punto de contacto entre las actividades urbanas y las áreas protegidas (Steinberg et al., 2015). Esta interfase es de gran valor para las ciudades latinoamericanas.



### ***Interfase agrícola-forestal***

Es la zona donde se encuentran las regiones forestales o de forestación con las actividades agrícolas. En muchos lugares del mundo, la transformación de áreas forestales en tierras para la agricultura es uno de los procesos clave en las dinámicas modernas del paisaje (Millenium Ecosystem Assessment, 2005). Esta interfase es por tanto una zona de conflicto o de oportunidades de productividad (Yemshanov et al., 2015).

### ***Zona de transición urbana***

El concepto de zona de transición tampoco ha sido ajeno al campo de los estudios urbanos. En los inicios del análisis científico de la ciudad, Ernest Burgess (1925), miembro de la Escuela de Sociología de Chicago, describió el proceso de expansión urbana bajo un modelo concéntrico, según el cual el centro está rodeado por una zona de transición, esta a su vez está rodeada por una zona de hogares obreros, y esta por una zona residencial de la clase alta, y por último, se halla la zona suburbana o de los pueblos satélites, el lugar de origen de los *commuters*<sup>3</sup>.

Aquella zona de transición era, según Griffin & Preston (1966), un área de variación espacial y cambio temporal que albergaba las condiciones más complejas en los aspectos sociales y económicos; pero se trataba de una zona singularizada, es decir, se hablaba exclusivamente de una transición entre el centro y la zona de hogares obreros, pero no de la transición entre esta y la zona residencial de la clase alta o entre esta última y el área de los *commuters*. No obstante, el modelo de Burgess se sustentaba en el proceso de sucesión en virtud

---

<sup>3</sup> Con este término se hace referencia a las personas que se desplazan diariamente desde los pueblos satélites hacia la ciudad central con motivos laborales. De modo que, gracias al vehículo, genera la dispersión urbana.

del cual cada zona tendía a extenderse bajo un esquema de invasión de la zona contigua más externa (p. 50); y esto configura una contribución trascendental para el análisis de los límites urbanos e intra-urbanos al identificar la presión constante que ejerce una zona sobre los usos del suelo en la zona vecina (Scott et al., 2013).

Cabe destacar que desde hace una década aproximadamente ha ocurrido un cambio de paradigma en la planificación urbana, antes enfocado en la zonificación, ahora en la mezcla de usos (Hirt, 2016). Sin embargo, conforme a lo expuesto por Downey & Smtih (2011), ese cambio de paradigma estaría respondiendo a la reconfiguración de las estructuras urbanas en virtud de los procesos contemporáneos de la desindustrialización, globalización y terciarización de la economía, de modo que las zonas de transición de mayor tensión social se han movido hacia áreas multinucleadas en expansión.

### ***Límite intra-urbano***

Breitung (2011), asevera que “el espacio urbano está hecho de varios límites creados por decisiones administrativas, procesos sociales o culturales de segregación, por el diseño urbano y por representación del espacio evidentes en imaginarios, identidades y espacios de actividad humana” (p. 56), de manera que el análisis integral político, físico, socioespacial, psicológico y funcional de los límites permitiría interpretar mejor las estructuras urbanas, las formas de crecimiento urbano y los fenómenos de fragmentación y segregación.

### ***Borde rural-urbano***

A lo largo del siglo XX, cuando las ciudades se expandían con rapidez y crecía la preocupación por el derrame urbano (*urban sprawl*), el límite urbano-rural

comenzó a llamar la atención de los científicos sociales, por lo que se hizo frecuente el uso de los conceptos de «borde rural-urbano» y «área suburbana», los cuales fueron muchas veces confundidos. En este contexto, Pryor (1968) definió el borde rural-urbano como “la zona de transición respecto a usos del suelo y características sociales y demográficas que se extiende entre a) las áreas urbanas continuamente construidas y las áreas suburbanas de la ciudad central; y b) el *hinterland* rural” (p. 206).

El concepto de borde rural-urbano buscaba paliar la arbitrariedad de la categorización dicotómica entre rural y urbano. Pryor (1968) lo describió como una zona de transición que se caracterizaba por: 1) ausencia casi absoluta de viviendas no rurales, ocupaciones y usos del suelo de orientación urbana o rural; 2) alcance y penetración incompleto de los servicios y utilidades urbanas; 3) planificación y zonificación descoordinada; 4) extensión más allá de los límites políticos de la ciudad central; 5) densidad mayor que la rural pero menor que la urbana; 6) incremento de la densidad poblacional; 7) características variables en el tiempo.

Torreggiani et al. (2012) aseveran que los ambientes urbano y rural entran en contacto de diferentes formas, generando patrones de identidades híbridas y a distintas escalas que suponen tendencias bidireccionales que se manifiestan a través de agriculturas urbanas, así como por medio de la expulsión de infraestructura para los negocios y el ocio hacia el campo. Mientras los asentamientos localizados en las áreas rurales muestran cada vez más características urbanas, se busca una reinterpretación de las funciones agrícolas en la ciudad.

Tanto las nuevas dinámicas de la economía global han generado un proceso acelerado de urbanización periférica que muestra señas muy distintas entre los países hegemónicos y los países del Sur Global. Por ello se ha diversificado la

paleta de conceptos relacionados con el borde rural-urbano: *exurb*, suburbios externos, *edge city*, periurbanización, rururbanización, interfases territoriales, etc. (Steinberg, 2003; Niño et al., 2005; Sánchez, 2009; Ghorra-Gobin, 2014). Esto ha motivado la defensa de posiciones académicas que proponen superar la dicotomía rural-urbana a favor de una visión sistémica del espacio (Schaeffer et al., 2013).

Mientras las ciudades latinoamericanas perdían su escasa industria, generando vacíos en medio de la ciudad, en los países hegemónicos fueron emergiendo las *tecnópolis* o complejos industriales tecnológicos (Partida, 1996), donde tiene lugar la contemporánea producción industrial de alta tecnología, regularmente en la periferia de la ciudad. No obstante, algunas metrópolis latinoamericanas también están experimentando de manera muy tímida la re-industrialización tecnológica en la periferia, aunque dicha tendencia hacia el espacio peri-urbano habría iniciado con la industrialización sustitutiva (De Mattos, 2006; Márquez & Pradilla, 2008). Por todo esto, el espacio peri-urbano en América Latina creció como una colcha de retazos de gran complejidad compuesta por invasiones y barrios humildes consolidados, parques industriales, viejos suburbios de las clases altas y nuevas centralidades junto a sus respectivas áreas residenciales.

# DISERTACIÓN

## HACIA UNA NUEVA CATEGORÍA DE INTERPRETACIÓN DEL ESPACIO

Las categorías geográficas son conceptualizaciones elaboradas para interpretar las características del espacio. Son necesarias por cuanto permiten organizar y comunicar el conocimiento sobre el territorio o espacio geográfico. Esta virtud les permite a los científicos, arquitectos, urbanistas o planificadores construir esquemas conceptuales capaces de impartirle un rumbo a las operaciones de la administración pública.

Sin embargo, la categorización geoespacial que sirve de partida para el ordenamiento territorial está marcada por el racionalismo moderno centrado en la clasificación funcionalista: en primer término, se distingue lo urbano de lo rural y las zonas de expansión y protección; luego se subdividen en categorías como zona industrial, centro histórico, centro de negocios, etc.

Esto perpetúa la dicotomía «*suelo urbano vs. suelo rural*» que puede alterar la forma de abordar el análisis del espacio. La visión casi maniquea del suelo podría conducir hacia una suerte de espejismo donde las cualidades del territorio *per se* constriñen los flujos de energía y dinámicas sistémicas que se despliegan a través del tiempo a diferentes escalas, intensidades y direcciones.

Con esto no se busca juzgar como nugatoria cualquier distinción entre espacio urbano y espacio rural, sino resaltar que el espacio no es urbano o rural por condiciones intrínsecas del territorio, o por mera decisión administrativa. Lo urbano o lo rural son los comportamientos relacionales del ser humano expresados espacialmente, de modo que la ciudad y el área rural no son objetos geográficos

estáticos. La ciudad contemporánea es la espacialidad de las fuerzas centrípetas (acumulación-aglomeración) y centrífugas (explotación-exclusión) multi-escalares de la sociedad capitalista global, mientras que el área rural es un espacio, híbrido o no, producido por los vestigios de las relaciones de producción agrarias pre-capitalistas o por la marginalización estructural de los objetos que no tienen valor para optimizar o diversificar la producción.

Cabe destacar que las ciudades latinoamericanas son una viva muestra de cómo lo urbano y lo rural se mezclan, interactúan y transmutan a causa de ese contacto. El choque entre las representaciones espaciales de las fuerzas hegemónicas y los imaginarios de las fuerzas excluidas generan realidades sociales que derivan de soluciones de la vida cotidiana, prácticas espaciales que edifican la morfología y producen los espacios excluidos o marginalizados: la circulación de carretillas tiradas por burros, la baja densidad por hectárea, la cría de animales de traspatio para el consumo familiar, la ocupación de ecosistemas sensibles, conexiones ilegales a los sistemas de distribución de energía, el uso incontrolado del espacio público para celebraciones populares, etc.

Ahora bien, las relaciones de aglomeración propias del capitalismo se expresan materialmente como una complejísima forma muy densamente construida, la morfología urbana, que es de gran interés para la arquitectura y el urbanismo. Es en virtud de esa morfología producida que los técnicos de la planificación recurren para la construcción de categorías o conceptualizaciones casi matemáticas para interpretar y ordenar el territorio sobre un plano.

Las categorías de corte racionalista «suelo urbano» y «suelo rural», entendiéndolas sólo como las características de las construcciones humanas, se traducen en una figura geométrica que, como se vio anteriormente, podría llevar al desconocimiento de la fluidez de las dinámicas sociales que dan sus características al espacio mismo. Sin embargo, con herramientas conceptuales de

la ontología geográfica misma, la técnica de la planificación está llamada a superar ese sesgo pesado que carga frente a la teoría de la producción social del espacio.

Desde el punto de vista ontológico, como categorías geoespaciales «suelo urbano» y «suelo rural» evocan una línea que las separa; en consecuencia, lo urbano es lo que está dentro del «perímetro urbano». Este sería un *límite-línea*, que únicamente representa una distinción entre lo que es una cosa y lo que lo otro no es. Así, el perímetro urbano como límite categorial sólo dice algo de lo que está al otro lado: la absoluta diferencia, que no tiene la misma identidad. Entonces, lo rural sería lo no-ciudad. En este sentido, el perímetro urbano, o mejor, el límite-línea que define la categoría «suelo urbano» se asemeja a una muralla, pero no a la muralla que defendía y delimitaba la ciudad medieval europea, como se verá más adelante.

Por lo anterior, muchas veces las definiciones de lo rural –postuladas desde la ciudad– comienzan con señalarlo como lo opuesto a lo urbano. No obstante, lo no-ciudad no sólo se corresponde con lo rural, ya que, por ejemplo desde el criterio de la densidad material, lo rural implica construcciones materiales (y también relaciones capitalistas de carácter urbano), solamente que allí están más dispersas. De esta manera, urbano y rural se opondrían a lo salvaje, donde el hombre no ha construido materialmente, donde no ha realizado arquitectura, dando cuenta de las limitaciones de la categorización geográfica y la necesidad que conlleva de generar conceptualizaciones que interpreten más fielmente el espacio.

Dado que el espacio geográfico es siempre continuo, los límites entre una categoría geoespacial y otra son a menudo arbitrarios. Este es el caso de las categorías «suelo urbano» y «suelo rural», ya que, como se vio anteriormente, de acuerdo con la teoría de la producción social del espacio, la morfología urbana está determinada por las relaciones sociales, que son dinámicas y fluidas, nunca

constreñidas. Por esta razón, por ejemplo, en la ciudad medieval, la muralla nunca impedía la interacción entre lo urbano (artesanos y mercaderes) y lo rural (los siervos y señores feudales), sino más bien lo contrario: esa interacción era en principio lo que hacía posible la existencia de una de ellas: el mercado (la ciudad) dependía de los excedentes agrícolas y las demandas de artesanías; de modo que la ciudad no sólo estaba sometida a las relaciones de poder propias del mundo rural, sino que también emulaba sus relaciones de producción (maestro-aprendiz), así como los esclavos constituían la principal fuerza de trabajo dentro de las urbes romanas.

En este orden de ideas, resulta evidente que la dicotomía entre «suelo urbano» y «suelo rural» no representa adecuadamente el espacio social; y mucho menos para América Latina, donde es manifiesto el fracaso de los planes de ordenamiento territorial fieles a esas geometrías racionalistas frente a las problemáticas de segregación o exclusión.

Ahora, debido a que las dinámicas sociales latinoamericanas son estructuradas por la intensidad de las condiciones de periferia que cada país y cada lugar tiene dentro del modo de producción del capitalismo global, América Latina es el espacio de una multiplicidad profusa de espacios heterotópicos de lo explotado, lo excluido o lo marginalizado. Entonces, las representaciones hegemónicas del espacio, esas geometrías diseñadas sobre los paradigmas del movimiento moderno funcionalista, fracasan ante este panorama, ya que las categorías de lo homogéneo y plano (suelo urbano, suelo rural, centro, zona residencial, zona comercial, etc.) son incapaces de representar la espacialidad heterotópica de segregaciones, y más bien exige una lectura espacial de las interacciones.

Como corolario de lo anterior, y teniendo en cuenta que la metáfora geométrica no lee las heterotopías y exclusiones de en América Latina, la interpretación del espacio social latinoamericano, con la mirada puesta en la mejora de las



condiciones de las personas, pasa por replantear algunos de los instrumentos básicos de la planificación: las categorías de interpretación territorial.



Imagen 1. Geometría plana. Fuente: Chuck Rogers

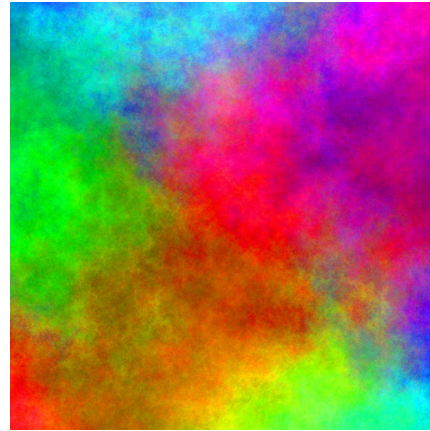


Imagen 2. Representación pictórica de un sistema dinámico natural (aerosol, nubes)

Las imágenes 1., y 2. muestran representaciones gráficas muy distintas que pueden servir de orientación para comprender las diferencias hermenéuticas que aquí se quieren esclarecer. A la izquierda, la obra artística evoca la geometría plana que está basada en líneas, y a la derecha se representa pictóricamente un sistema dinámico, como puede ser un aerosol o las mismas nubes. En esta última, la superposición y mezcla de colores permite pensar en analogías más certeras en relación con las dinámicas sociales como fenómenos complejos.

Se considera aquí perentoria la construcción de una categoría de interpretación que refleje el espacio como producto de dinámicas sociales con el fin de adaptar el análisis territorial a la compleja composición heterotópica del espacio en América Latina para que la planificación urbana pueda dar respuesta a la realidad social. Mediante una nueva categoría de interpretación pueden reformularse algunos objetivos y métodos de la planificación, especialmente en lo referente a las desigualdades o injusticias espaciales de las ciudades latinoamericanas.

## HACIA UNA DEFINICIÓN DE *INTERFASES TERRITORIALES*

Para construir una categoría que permita interpretar el espacio como producto de flujos dinámicos, se considera pertinente el análisis de categorías existentes que ofrezcan una lectura de la interacción entre espacios producidos por relaciones sociales más homogéneas, estables o duraderas, ya que precisamente en los espacios aparentemente limítrofes es donde ha de evidenciarse la fluidez de la energía del comportamiento social.

De la revisión de los aportes de la geografía ontológica, se tiene que existen las conceptualizaciones de tipo *límite-espacio*, contrapuestos al *límite-línea* que solamente describe la forma de un otro espacio o categoría, mientras que el *límite-espacio* habla por sí mismo y cuenta lo que ocurre en él porque describe las interacciones entre los espacios heterogéneos que separa.

A continuación sigue un análisis de las tres categorías de tipo *límites-espacio* que se han elaborado para dar respuesta a la necesidad de describir las dinámicas que ocurren entre espacios individualizados por sus características homogéneas pero disímiles entre sí. Esto con el fin de identificar cuál es la que mejor logra describirlas.

### 1. Zona de Transición

En biogeografía se ha extendido el concepto de *ecotono* para describir una zona de transición ecológica. McGregor-Fors (2010) lleva este concepto al análisis urbano para reconocer cuatro áreas no estáticas que suponen no sólo distintas dinámicas sociales sino también ecológicas.

Sin embargo, «zona de transición» no es una categoría geográfica que se ajuste propiamente a la realidad social de los espacios producidos diferencialmente y en contacto, ya que los espacios urbanos no necesariamente están conectados de manera transicional o degradada, sino a través de interrelaciones sociales, espaciales e históricas, que pueden denotar conflictos u otro tipo de contactos.

Sin embargo, cabe destacar la dinámica que Burgess identificó no sólo para la zona de transición de su modelo concéntrico, sino para todas las zonas: la expansión sucesiva de cada anillo, lo cual implica el ejercicio de presiones y alteraciones a lo largo del tiempo.

## 2. Interfase

Con esta categoría *límite-espacio* se ha teorizado el espacio donde tienen lugar conflictos de tipo urbano-mundo salvaje, teniendo en cuenta que esta relación ha sido categorizada como interfase urbano-mundo salvaje (*urban-wildland interfase*) y definida como la zona donde cualquier estructura o infraestructura construida por el hombre colinda, se encuentra o entremezcla con la vegetación de zonas vírgenes (Radeloff et al., 2005; Platt, 2010).

Asimismo, la interfaz urbano-mundo salvaje tiene que ver con otra similar: la interfase agrícola-forestal, pero se percibe inmediatamente un matiz diferenciador muy claro: en la primera se trata de zonas de vegetación virgen, de modo que se ensalza su condición de integridad natural —ya se había anotado que incluso podía responder a zonas protegidas—, mientras que en la segunda lo forestal implica el sometimiento de la naturaleza por destinación de explotación, es decir, una relación de conflicto.

Cabe destacar el significado que Niño et al. (2005) confieren al término interfase en su análisis del borde rural-urbano o periurbano. Para los autores, se trata de un

espacio de oportunidades y cambios, donde se tolera la competencia entre el desarrollo urbano y los usos rurales, permitiendo interacciones espaciales y sectoriales capaces de articular la estructura urbana.

### 3. Borde

El *límite-espacio* más profusamente analizado ha sido el «borde rural-urbano», donde paulatinamente se consolida la expansión de las ciudades latinoamericanas, allí se están generando tendencias bidireccionales definidas por la influencia recíproca en los rasgos del comportamiento.

Para definir qué categoría resulta la más adecuada, es pertinente destacar las características de los espacios que se pretende categorizar. En primer lugar, queda claro que los *límites-espacio* reseñados enfatizan en características distintas: la zona de transición arroja luces sobre la expansión sucesiva (presión); las interfases hablan de conflictos y de una capacidad de articulación espacial; y con el borde rural-urbano se destacan relaciones bidireccionales o de hibridación.

LÍMITE-ESPACIO	CARACTERÍSTICAS DESTACADAS
Zona de transición	Presión, tensión
Interfase	Conflicto, potencial articulador
Borde	Bidireccionalidad, hibridación

Tabla 1. Características de los límites-espacio.

Sin embargo, existen muchos otros espacios de la diferencia, límites que son espacios dinámicos, no sólo a los márgenes de la morfología urbana, sino también al interior de la ciudad como consecuencia de las problemáticas urbanas del capitalismo global, analizadas por los estudiosos de la ciudad en la actualidad. Por lo anterior, en referencia a las categorías básicas para la planificación, se debe considerar que existen límites de tipo urbano-urbano, es decir, espacios dentro de la ciudad funcional que serían límites en sí mismos o espacios producidos por la

intensa interacción social de grupos diferentes, y que no deben ser ignorados para los efectos de la planificación.

A nivel global, las relaciones urbano-urbano, y en consecuencia, los espacios y *límites-espacio* o contactos espaciales urbano-urbano producidos por ellas, están determinadas por el impacto que ha generado la difusión de las nuevas tecnologías de la información y el explosivo crecimiento de la movilidad que ha impulsado una sostenida ampliación territorial del ámbito metropolitano, lo cual a su vez provoca, como ya se ha visto, un radical cambio de la morfología urbana, marcada por incontrolables procesos de periurbanización y policentralización (De Mattos, 2006).

Entonces, mediante el análisis de algunas relaciones de tipo urbano-urbano que no figuran dentro de los *límites-espacio* reseñados, se podría determinar cuál de las anteriores categorías sería más apropiada para describir espacios producidos por la fluidez de las dinámicas sociales.

Estos procesos han creado espacios que han sido objeto de estudio durante las últimas décadas; y aunque sus límites hayan sido tratados a lo sumo de soslayo, cabe enunciarlos aquí con brevedad a partir de la conceptualización y el análisis que geógrafos, urbanistas, arquitectos o sociólogos han realizado sobre ellos, con el fin de dilucidar qué tipo de relación espacial suponen en cuestión de límites:

#### 1. Problema urbano A: Terciarización

Tras abandonar el intervencionismo estatal de corte cepalista, las ciudades latinoamericanas experimentaron el fenómeno de su desindustrialización, aunque su industrialización fue, cuando más, tardía o incompleta. Esto desencadenó la terciarización de sus economías, ahora dominio de lo informal, lo excluido o marginal (Pradilla, 2009). Debido a ello, en algunas ciudades se generaron vacíos

o espacios residuales, aunque lo mismo ocurrió en ciudades de países hegemónicos, con la diferencia de que en muchos de ellos han conseguido integrar esos espacios a las redes del sector servicios mediante operaciones de rehabilitación urbana para la denominada economía del conocimiento o «clase creativa» (Curran, 2010).

## 2. Problema urbano B: Segregación espacial

Asimismo, la segregación espacial, que es inherente a la ciudad, se ha acuciado con el galope tendido del capitalismo. En las ciudades del Norte Global la segregación espacial está asociada a minorías raciales e inmigrantes, mientras que en el Sur Global, del que hace parte América Latina, la segregación espacial dentro de las ciudades metropolitanas es de marcado carácter socioeconómico (Rodríguez & Arriagada, 2004).

## 3. Problema urbano C: Gentrificación

Los centros históricos latinoamericanos fueron abandonados por las clases medias y altas y por los capitales económicos en los primeros momentos de la suburbanización y la policentralización, por lo que se transformaron desde hace varias décadas en los espacios de las clases bajas, pero sobre todo de lo simbólicamente clandestino, y en particular del ingente comercio informal que surgió tras la terciarización marginal. Sin embargo, se ha registrado en la última década un ascenso del discurso político-económico que promueve una supuesta revitalización económica de los centros latinoamericanos, lo que muchos autores llaman gentrificación simbólica, apuntándole a atraer a las élites mediante la instrumentalización del arte, la memoria y la cultura, desplazando a los actuales usuarios marginalizados (Mertins, 2006; Janoschka et al., 2014).

Si bien los problemas urbanos brevemente invocados aquí arriba no son *límites-espacio*, implican la categorización de áreas de tensión en la ciudad (zonas industriales abandonadas, centros históricos marginalizados y barrios segregados en razón de la etnia o ingresos económicos). No obstante, debido a la continuidad del espacio y a la inexorable espacialidad del contacto social, se podría probar la existencia de contactos entre las áreas afectadas por la problemática específica y sus circunvecinas. Esto va de la mano con la teoría burgessiana de la «sucesión» expansiva, con base en la cual puede afirmarse que cada zona de la ciudad ejercen presiones sobre la zona contigua, y estas a su vez afectan el comportamiento o la energía de aquellas.

Sin embargo, los problemas urbanos enunciados, y en consecuencia, la zona producida por determinado problema social, permiten dilucidar dos características más, y quizás las más importantes de los espacios de intenso contacto social: la temporalidad y la superposición de heterotopías. La presión que ejerce una zona industrial abandonada puede desaparecer rápidamente si se rehabilita para los usos creativos, por ejemplo; o la tensión entre el centro gentrificado y el barrio continuo que aún preserva sus características originales podría terminar gentrificado también, y entonces desaparece el distintivo y la tensión. Asimismo, la calle del centro histórico puede representar un anhelo nostálgico o el lugar para el sustento del vendedor informal, en riesgo de ser reubicado o removido.



**Imagen 3. Centro de Barranquilla. Elaboración propia con fotografía de Colectivo Caribe.**

En la imagen 3., se ilustra una aproximación interpretativa de la superposición heterotópica en el centro histórico de Barranquilla. Se utiliza la opacidad de los colores para señalar qué relación o fenómeno social predomina en la producción del espacio, sin embargo, no todos los contornos están definidos, sino difuminados como si fuesen partículas de aerosol, para representar que existe interacción. Podría existir una relación de conflicto, influencia bidireccional o hibridación entre el comerciante formalizado que ocupa el edificio patrimonial y el vendedor estacionario que ocupa el espacio público. Por ejemplo, el comerciante formal podría acordar con el vendedor estacionario que este haga promoción de sus mercancías en la calle a cambio de una comisión, o bien, el vendedor ambulante podría arrendarle al propietario del inmueble una pequeña bodega para almacenar por la noche las mercancías que no logró vender en la calle durante el día; o simplemente que el comerciante formal sea el proveedor de los vendedores



informales. Asimismo, salta a la vista el conflicto entre la declaratoria patrimonial y la ocupación del espacio público por la economía informal, lo cual representa uno de los obstáculos para el regreso de las elites al centro como mecanismo de «revitalización».

Ahora, en cuanto a la temporalidad, es menester traer a colación la teoría del tercer espacio de Edward Soja, según la cual resulta evidente que el espacio no es un telón de fondo, sino la realidad social y el tiempo a la vez, por lo que la espacialidad, el tiempo y la vida cotidiana son la misma cosa pero nunca las mismas, hay permanencia mas no repetición. El indivisible «yo aquí y ahora» sólo se produce una vez y nunca más. El espacio no es ahora el mismo de ayer porque fue producido socialmente como tiempo también, y dado que las dinámicas sociales son –valga la redundancia– dinámicas (vivas, en movimiento), el espacio-tiempo es fluctuante.

La característica de la temporalidad es transversal a todos los problemas y a todos los presuntos *límites-espacio* porque las relaciones sociales producen y se reproducen en el espacio y el tiempo. Sin embargo, las categorías de tipo *límite-espacio* resumidas en primer término no dan cuenta de la historicidad de que trata la teoría del tercer espacio de Edward Soja, de la ya evidente fluctuación temporo-espacial de las interrelaciones hasta ahora reseñadas, y tampoco integra los diferentes espacios de representación que los actores sociales experimentan en un espacio determinado.

Así las cosas, se tiene que las características del espacio producido por el intenso contacto social están dadas por relaciones de presión, tensión o conflicto, es decir que los intereses de los agentes o grupos sociales colisionan en el espacio y por el espacio, lo cual puede generar violencia. También se da por relaciones de influencia bidireccional o de hibridación, cuando la práctica espacial de un agente o grupo social toma características de la práctica del agente o grupo social con el

que está en contacto, o cuando se crea una nueva práctica espacial como resultado de la interacción. Este contacto está además localizado en el tiempo, se trata de un evento histórico, en cuanto las dinámicas sociales reproducen los contactos en el espacio y el tiempo de forma simultánea e inseparable. Asimismo, estos contactos suponen la superposición de espacios de representación o heterotopías, y tienen el potencial de ser transformados para generar articulaciones de todo el espacio social.

Los espacios hegemónicos y los espacios excluidos se enfrentan, colisionan, se permean e incluso se superponen, pero también dentro y fuera de él; por lo que la noción de capas, clave para los usuarios de los sistemas de información geográfica, parecería mucho más adecuada para pensar una nueva categoría. Sin embargo, el espacio social producido no es sino uno, de modo que las capas son en realidad inseparables, así que para representar íntegramente la interacción espacial se requiere una categoría del espacio que incorpore la noción de límites superpuestos, pero también la energía o el comportamiento relacional que fluye por ella y la produce.

Los espacios derivados de las fuerzas centrípeta y centrífuga del capitalismo, y como realidades sociales inseparables del tiempo y la historia, son variables y la intensidad de sus características depende del bucle reproductivo entre las relaciones sociales que producen esos espacios de intensa interacción y de los relaciones sociales que producen las prácticas espaciales.

Así las cosas, el concepto de *límite-espacio* también se muestra demasiado rígido, como las figuras geométricas euclidianas, para explicar las interacciones que ocurren entre dos categorías geoespaciales que leen las espacialidades-tiempo producidas por las dinámicas sociales más duraderas, estables y homogéneas.

Con base en todo lo anterior, se considera que hace falta entre las herramientas de interpretación territorial una categoría explicativa del contacto entre dos espacios-tiempos más o menos estables o duraderos, y que requiere necesariamente incluir las características arriba anotadas.

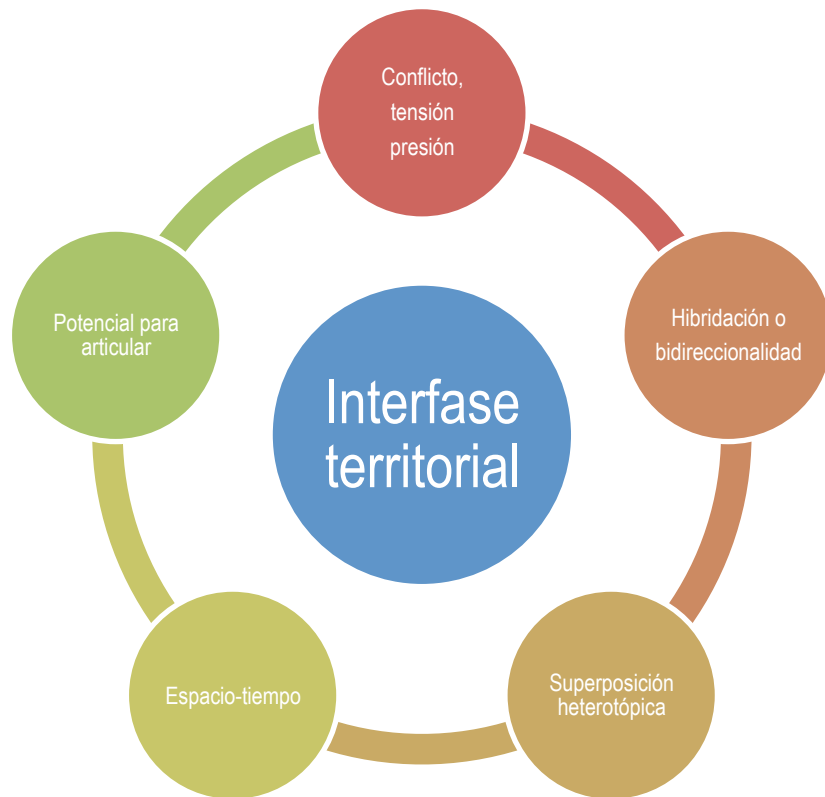
Por ello, se prefiere retomar la palabra «*interfase*» usada ya para las interacciones urbano-mundo salvaje y agrícola-forestal, pero espacialmente por el valor de las interfases que Niño et al. (2005) reconocen como espacios con una vocación articuladora de las estructuras urbanas, lo cual es de finísima importancia para la planificación de ciudades justas. Además, las definiciones de interfase que consigna el diccionario de la Real Academia de la Lengua develan una ventaja léxica por encima de los demás vocablos:

1. f. *Biol.* Período entre dos divisiones sucesivas de una célula.
2. f. *Fís. Y Quím.* Superficie de separación entre dos fases.

De una doble lectura de estas definiciones, se tiene que la *interfase* es tanto un período (tiempo) como una superficie (espacio), lo cual no puede ser más pertinente en alusión a la dupla espacio-tiempo.

Con el fin de mantener la coherencia con la que se ha referido aquí a las categorías de la planificación territorial (urbano, rural) como conceptos que simplifican el espacio geográfico lo mínimo necesario para llevar a cabo el proceso lógico de elaboración de la categoría *interfase*, se juzga conveniente acompañarla del término *territorial*. Además, esto permite introducirlo al mundo del planificador, donde se espera tenga eco el replanteamiento categorial descrito.

En concreto, una *interfase territorial* puede ser definida como un espacio temporal producido por relaciones sociales de conflicto, influencia bidireccional, hibridación y heterotopías, con capacidad para la articulación de la sociedad.



**Imagen 4. Características de las interfases territorial. Elaboración propia.**

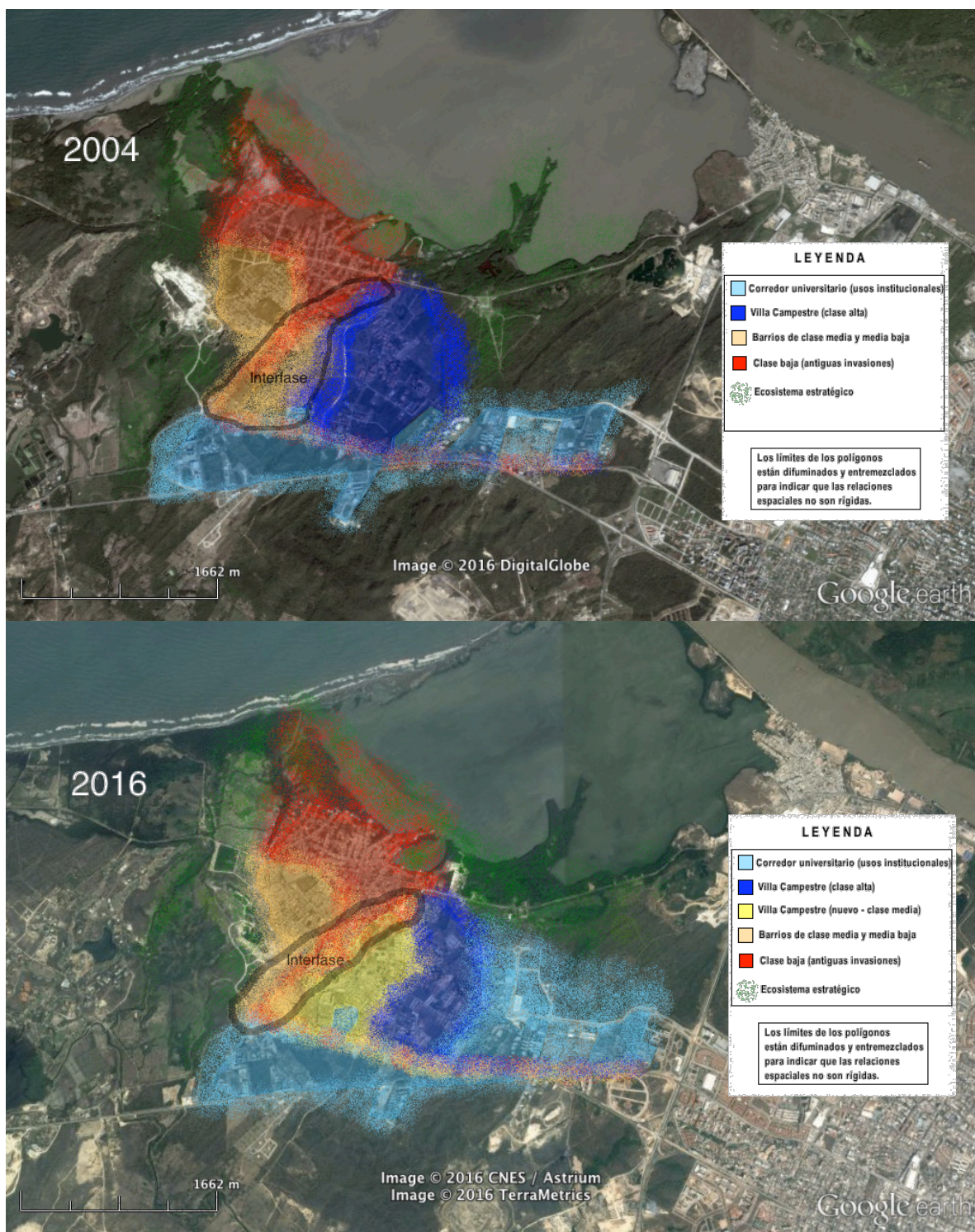


Imagen 5. Periurbano Barranquilla-Puerto Colombia 2004-2016. Elaboración propia.

En la imagen 5., y con base en un análisis sucinto de las formas urbanas mostradas en las imágenes de satélite, se hizo una aproximación libre de las

dinámicas que producen el espacio periurbano Barranquilla-Puerto Colombia para presentar un ejemplo de lo que sería una interfase territorial.

En la imagen se visualizan dos momentos, cuya comparación evidencia un cambio de las dinámicas que producen el espacio social. En la interfase territorial de 2004 no se había consolidado ningún uso en la tierra que había entre la vía de acceso al corregimiento la Playa y la urbanización Villa campestre. Pero los grupos sociales de modestos recursos de La Playa y la clase alta de Villa Campestre ejercían presiones sobre el valor de la tierra en esa interfase, donde aún no se había construido.

Con los años, la interfase no fue intervenida con el propósito de crear un espacio de articulación, sino que las dinámicas sociales y económicas de la ciudad redujeron el tamaño de la interfase y consolidaron usos residenciales para la clase media. Sin embargo, la interfase sigue sin ser intervenida, ahora de menor tamaño, constituye el punto de contacto entre los espacios (sociales y mentales, no sólo respecto a lo físico) de esos nuevos pobladores con los antiguos habitantes de La Playa, y su estructura espacial reproduce la segregación socioeconómica propia del capitalismo en América Latina.

De manera ilustrativa, en la imagen 6., se muestra que la interfase territorial entre los sectores residenciales del sector de la vía 40 con calle 82 se ha mantenido inalterada, pese a que recientemente la zona está transformándose en razón de la apertura del Centro de Eventos y Exposiciones del Caribe Puerta de Oro en los antiguos predios de la Cristalería Peldar S.A. Esto quiere decir que las dinámicas económicas no están creando los espacios de articulación necesarios para producir espacios más justos.



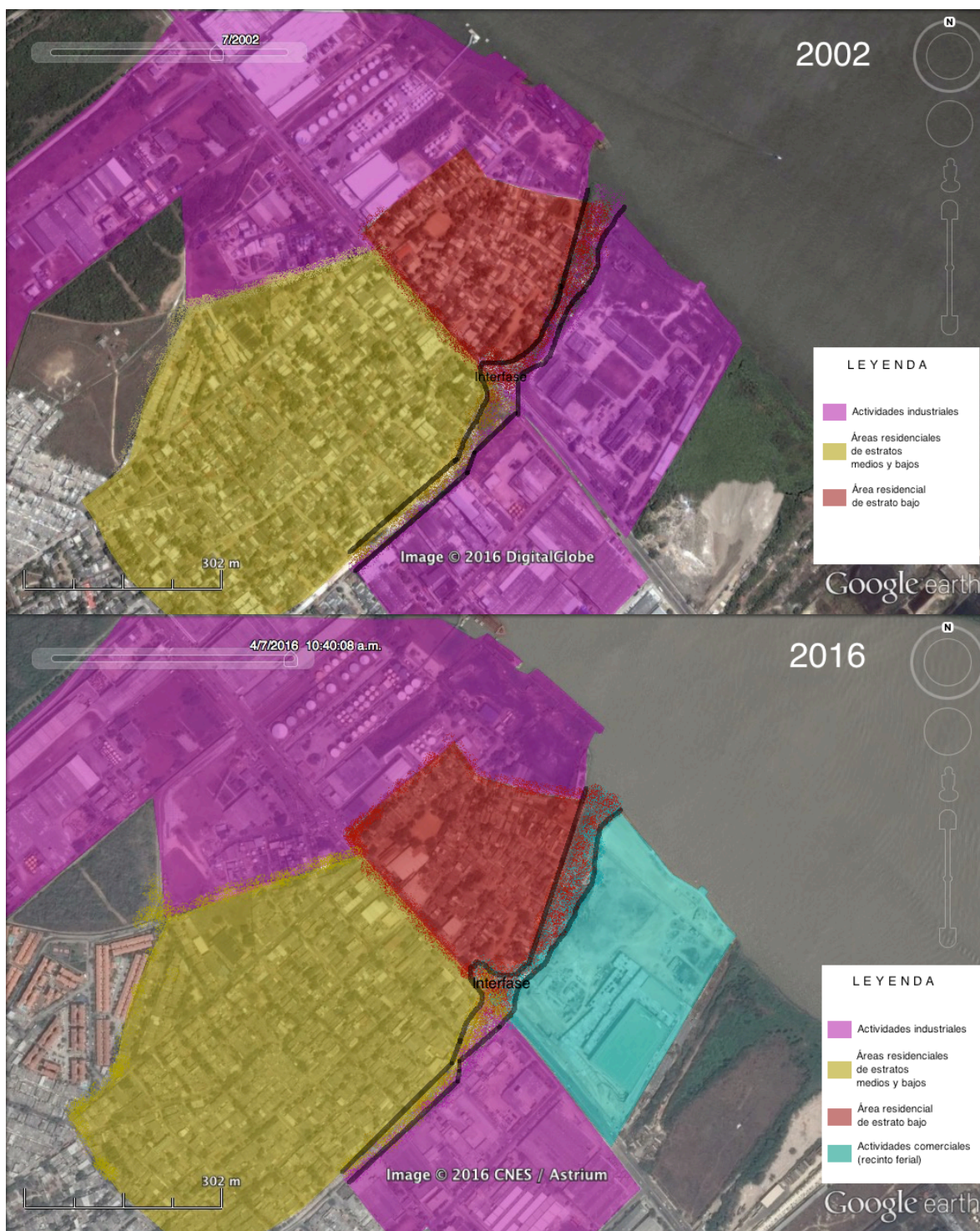


Imagen 6. Sector Vía 40 – Calle 82 (2002-2016). Elaboración propia.

## LA JUSTICIA DE LOS ESPACIOS-RÓTULA

En vista de la profusión de espacios heterotópicos en América Latina, espacios producidos en razón de las fuerzas del capitalismo que concentran y segregan, es un imperativo de la planificación urbana dotarse de los mecanismos e instrumentos precisos para abordar las problemáticas que esos espacios representan, no sólo en términos estratégicos de competitividad económica, sino, y aún más importante, por la necesidad de garantizar los servicios básicos, pero sobre todo, el derecho a la ciudad.

Como se ha anotado antes, uno de los mecanismos primarios para el ejercicio de la planificación consiste en la categorización del espacio geográfico. Esto le permite a la persona, en este caso al profesional, experto o encargado de la planificación identificar tanto los objetos como las acciones idóneas sobre esos objetos que lo conducirán al logro de los objetivos trazados, teniendo en cuenta que cada espacio, con sus propias características, merece un tratamiento específico.

Aquí se propone la puesta en valor de una categoría de análisis territorial para los espacios de intenso flujo o contacto social que incorpore explícitamente en ella la noción de temporalidad. En este orden de ideas, las *interfases territoriales* ocurren de diferentes maneras, pueden abarcar desde varias hectáreas hasta apenas una calle, y en el lapso de unos pocos años podrían no existir más.

Con esto se busca traer a la luz o hacer evidente que por cada categoría generalizadora con que se interpretan las relaciones sociales (suelo urbano, zona comercial, centro histórico, etc.), podrán existir *interfases territoriales* que las



acompañan, lo que pone de manifiesto las complejas relaciones más volátiles que definen la cohesión de la sociedad y, por tanto, la calidad del espacio producido.

Sin embargo, se considera pertinente resaltar de manera especial la utilidad de las *interfases territoriales* al momento de trabajar sobre la consolidación urbana, puesto que este es un proceso mutable, variable, de fluctuaciones, que ha estado en el centro del debate sobre el desarrollo de América Latina por las consecuencias de gran escala que generan en la ciudad en cuanto a morfología y tejido social, y que, por tanto, requiere que sea abordado con habilidad por parte de las autoridades y profesionales de la planificación.

La consolidación urbana de América Latina es un proceso que ha desbordado la capacidad técnica del Estado para dar una respuesta racional o estratégica en el tiempo. Asimismo, en los procesos de consolidación urbana de las principales ciudades de América Latina va imbuida la problemática de la segregación espacial por nivel socioeconómico, en cuanto margina a los nuevos habitantes a espacios bajo la amenaza de los fenómenos naturales, carentes de servicios urbanos o que dificultan el acceso a estos.

Sin embargo, las *interfases territoriales* serían una categoría de gran utilidad para el análisis territorial no sólo a la hora de tratar el fenómeno de la consolidación urbana latinoamericana, sino que también permitirían superar las arbitrariedades ontológicas que suponen las categorías o conceptualizaciones geométricas frente a cualquier tipo de espacio producido socialmente, sin dejar a un lado que las categorizaciones son necesarias para comprender el espacio, tomar decisiones suficientes y acordes con los fines últimos de la función pública.

No obstante, las actuaciones de las autoridades de planeación respecto a las *interfases territoriales* no pueden o no deben formularse con la misma óptica con la que se aborda el resto del territorio, puesto que las relaciones sociales que se

expresan en estos espacios temporales de flujo requieren de una atención mucho más ágil e inmediata.

Ahora bien, las características de cada una de las *interfases territoriales* constituyen el factor determinante para definir qué tipo de actuación se precisa, ya que además de la presteza con que debe actuar el planificador, debe considerarse el tipo de relación social o las particularidades de las dinámicas que estructuran ese espacio.

La pertinencia del enfoque diferenciador con que deben tratarse las *interfases territoriales* debe ser entendida desde la perspectiva de la justicia espacial. Esto quiere decir que la utilidad de esta categoría propuesta parte de la necesidad de resolver los problemas más acuciantes de las ciudades, en especial de las ciudades latinoamericanas, en las que las relaciones de segregación o exclusión parecen dirigir de manera irrefrenable el crecimiento y el comportamiento de la ciudad.

En la búsqueda de la justicia espacial, las *interfases territoriales* saltan a la vista como los espacios críticos, porque son los espacios donde se encuentran o entrelazan relaciones sociales de la exclusión o la segregación y relaciones sociales de la acumulación o concentración de capital de cualquier tipo, que puede ser económico o simbólico.

Así las cosas, para la búsqueda de la solución o el alivio de los problemas urbanos, el planificador en América Latina está llamado también a atender diferencialmente, con agilidad y creatividad, las *interfases territoriales*. Lo anterior con el fin de modificar o influir en la constitución del espacio para que disminuya o se neutralicen los efectos de la fragmentación territorial provocada por las segregaciones o exclusiones originadas en razón de las relaciones sociales dentro del modo de producción capitalista.

La indisolubilidad del nexo entre las relaciones sociales y el espacio obliga al planificador a acercarse a la comunidad, a entender la complejidad del espectro de todo lo que ocurre. Por ejemplo, detrás de las raídas paredes de un centro histórico que sufre deterioro material tiene lugar una multiplicidad de expresiones de la vida cotidiana, que va desde los paseos de mendigos hasta el cobro de alquileres por apartamentos en edificios prácticamente en ruinas. De igual forma, en cuanto a la consolidación urbana, el planificador debe tomar en cuenta las relaciones sociales que producen ese espacio, y que muchas veces, incluye, por ejemplo, urbanizadores piratas o burócratas corruptos.

Pero la participación de la comunidad debe ser absolutamente protagónica, porque son las personas las que se relacionan y producen el espacio. El planificador no sólo está para hacer consultas que validen o verifiquen su proyecto, sino que debe involucrar a los grupos y líderes sociales, y a las comunidades a cada lado de la *interfase* o con distintas representaciones sobre el mismo espacio, para que sea posible que las relaciones sociales que requieran ser modificadas para la transformación del espacio, efectivamente lo sean.

Entonces el análisis territorial para la planificación tendría un componente etnográfico mucho más pronunciado. El planificador observa la ciudad para identificar las *interfases territoriales* donde ocurren las segregaciones, las exclusiones, los conflictos; y con base en ello, tomará decisiones y actuará bajo un criterio sustentado en el conocimiento crítico y la creatividad que le lleve a avizorar la forma más idónea de resolver la problemática.

DINÁMICAS QUE PRODUCEN EL ESPACIO SOCIAL		
ECONÓMICAS	PSICOSOCIALES	CULTURALES
División del trabajo	Necesidades de subsistencia y protección	Tiempo libre (diversión)
Escalas de transporte	Necesidad de encuentro y participación	Distancia que se recorre a pie
Escalas de producción	Necesidad de equipamientos y servicios	Imaginaros sobre el espacio
Valor del suelo	Necesidad de expresión creativa	Impulsos clandestinos

Tabla 2. Dinámicas que producen el espacio social. Elaboración propia con base en O'Sullivan (1990), Max Neef (1994), y Lefebvre (1974).

En la tabla 2., se muestran algunas de las principales dinámicas sociales que producen el espacio. Así, cada actor o grupo social interviene según el aporte que haga a esas dinámicas. Por ejemplo, la clase alta produce edificios de oficinas, fábricas y *gated communities*, mientras que la clase baja produce ventas estacionarias, talleres artesanos y barrios de traza irregular. La interfase territorial surge cuando entran en contacto dinámicas de distintos grupos sociales, como en el caso de la periurbanización o la invasión por el comercio informal del espacio público de los centros históricos que las autoridades buscan «revitalizar» para explotar económicamente los imaginarios asociados a este.

		ESPACIO PRODUCIDO SEGÚN LA DUALIDAD DEL CAPITALISMO ACTUAL	
DINÁMICAS QUE PRODUCEN EL ESPACIO		FORMAL – HEGEMÓNICO (PRIVILEGIADO)	INFORMAL - EXCLUIDO
ECONÓMICAS	División del trabajo	Edificios de oficinas, hoteles, aeropuertos, puertos, almacenes, industrias	Ventas estacionarias o ambulantes, talleres artesanos, granjas periurbanas
	Escalas de transporte	Suburbios, industrias y bodegas en el periurbano	Invasiones de metropolización
	Escalas de la producción	Centralidades de servicios globalizantes (finanzas, servicios empresariales, etc.), aglomeración de minoristas	Invasiones del espacio público
	Renta de la tierra	De moderados a elevados precios del suelo	Bajos precios del suelo
PSICOSOCIALES	Necesidades de subsistencia y protección	Barrios de viviendas de lujo, <i>gated communities</i> , supermercados, conjuntos residenciales, barrios de trama regular	Barrios de trama irregular, tiendas, mercado popular

	Necesidad de espacios de encuentro	Clubes, centros de convenciones, plazas, cafeterías, centros comerciales, parques	Tiendas, barberías, peluquerías, almorzaderos, panaderías, etc.
	Necesidad de equipamientos y servicios	Universidades privadas, clínicas privadas, instituciones del sistema de salud	Universidades, colegios y hospitales públicos
	Necesidad de expresión creativa	Galerías de arte, <i>boutiques</i> , museos, teatros	Universidades, parques, centros culturales
CULTURALES	Tiempo libre	Clubes, marinas, <i>nightlife districts</i> , gimnasios, estadios, recintos feriales	Espacio público zonal
	Distancia que se recorre a pie	De mínima a mediana	Máxima
	Imaginario sobre el espacio	Espacios residuales, monumentos, edificios públicos, revitalización del centro histórico	Botaderos irregulares, paraderos
	Actividades clandestinas	Moteles	Zona de tolerancia

Tabla 3. Selección de espacios producidos por la sociedad. Elaboración propia.

La lista de dinámicas productoras y de espacios producidos que se expone en la Tabla 3., no pretende ser exhaustiva, sino ilustrativa. Se quiere indicar que al relacionar las dinámicas sociales y los espacios, se podría reconocer la interferencia o interacción, no necesariamente en el mismo renglón, de dos espacios heterogéneos. Por ejemplo, la necesidad de espacios de encuentro de la clase alta, como un club campestre a las afueras de la ciudad, puede chocar con el uso que una comunidad de clase baja vecina le ha destinado como potrero para la ganadería de subsistencia. De este modo, pueden identificarse las *interfases territoriales* con el fin de plantear opciones de articulación.

La planificación urbana entonces es un trabajo de dos tiempos, y esto es una consecuencia de la paradoja que encierra el oficio. Por un lado, su función principal consiste en crear un instrumento de planificación del territorio que permita incrementar la producción o mejorar el dinamismo económico de la sociedad, pero también debe hacerle frente tanto a la exclusión de grupos sociales como a la explotación desmedida de los recursos naturales.

La primera faceta del trabajo correspondería, en un corto plazo, a la elaboración de la estrategia funcionalista que la ciudad requiere para evitar su debacle absoluta si es totalmente marginalizada por las fuerzas del capitalismo, ya que las ciudades no pueden desentenderse de su entidad en la historia como los espacios del capitalismo. Esto significa que el instrumento de ordenación confeccionado debe ejercer control sobre fuerzas hegemónicas, las mismas que sostienen el sistema político que sirve de marco institucional para la planificación.

La segunda faceta de la planificación, especialmente en América Latina, implica en el mediano plazo un método de trabajo distinto, ya que la rigidez de los planes racionalistas enfocados en la función económica casi determinista no dan respuesta al mundo de lo informal, de lo excluido o lo explotado, sino que perpetúan las lógicas de la segregación. Esto va de la mano con la propuesta de Bazant (2001b), quien advierte la necesidad de superar el enfoque totalizador, o lo que Lefebvre llama racionalismo ilimitado, de la planificación urbana.

La planificación consiste entonces en la observación permanente de las dinámicas del territorio, dispuesto a identificar con presteza los espacios de la injusticia, anticiparse para calcular prioridades y llegar a campo, con independencia de la ejecución del plan previamente diseñado y con el objetivo de abrir canales de diálogo entre las autoridades y la comunidad que les permitan construir soluciones mancomunadas y factibles en el corto plazo pero que garanticen la producción de un espacio más justo a futuro, contrarrestando el efecto de las lógicas de segregación donde haga falta, como si se tratase de una sutura del territorio.

Por lo anterior, las *interfases territoriales*, que son el espacio donde se expresa vívidamente la segregación, la exclusión o el conflicto, cobran importancia para el ejercicio de la planificación no totalizadora o flexible. Esta labor tendría un carácter predictivo y correctivo, pero cada intervención sería única puesto que respondería a las características específicas de los espacios tratados.

El fin último de la planificación flexible de una *interfase territorial* consiste en transformarla en un espacio de articulación o espacio-rótula, una suerte de bisagra del territorio que permita el flujo aceitado de energía positiva entre lo hegemónico y lo excluido, de modo que la mayor proporción de ciudadanos tenga acceso a los servicios que les posibilite ejercer de forma efectiva su derecho a la vida urbana.

En este orden de ideas, los espacios-rótula son *interfases territoriales* intervenidas a través de un proceso social dirigido a reducir el impacto de las lógicas de exclusión que son connaturales al capitalismo.

## CONCLUSIÓN

El proceso de consolidación urbana de las ciudades latinoamericanas ha sido impulsado por las lógicas capitalistas de la segregación o la exclusión, dando cuenta de una situación que los instrumentos de planificación racionalistas y totalizadores no han podido resolver de forma satisfactoria.

La incapacidad manifiesta de los planes y demás esfuerzos tecnocráticos realizados para contener el doble proceso de expansión y consolidación urbana en América Latina resulta de la paradoja que encierra la labor del planificador urbano, quien es una pieza del sistema político que sirve de pilar al modo de producción capitalista, el mismo que provoca las exclusiones, explotaciones y segregaciones que el planificador está llamado a resolver.

Sin embargo, dado que las ciudades contemporáneas son por excelencia el espacio del capitalismo, no sólo en América Latina existen espacios heterotópicos producidos por dinámicas de exclusión o segregación, aunque el fenómeno sí es mucho más agudo en los países a los que les corresponde un papel periférico en el sistema-mundo del capitalismo global.

Con el fin de encontrar soluciones a la injusticia espacial que producen las dinámicas de exclusión, es necesario que el planificador cuente con instrumentos que le permitan adaptarse a la gran heterogeneidad del mundo urbano. Por ello, se considera que el planificador debe ser capaz de identificar los espacios que deben ser intervenidos gracias a categorías de análisis adecuadas, para luego determinar las acciones que deben dirigirse a la articulación del espacio urbano.

Como en todo proceso cognoscitivo, para identificar los espacios el planificador se sirve de la categorización de los objetos geográficos, este proceso le permite



comunicar y organizar el conocimiento. No obstante, la categorización geoespacial racionalista implica una arbitrariedad, puesto que el espacio geográfico es siempre continuo y producido por relaciones y dinámicas sociales que no se están constreñidas geométricamente sobre la faz del planeta; de ahí que los modelos isotrópicos de idealización de la ciudad (ciudad jardín, ciudad lineal, ciudad industrial) hayan fracasado.

Por lo tanto, el planificador para identificar y comprender los espacios de la segregación debe, entre sus múltiples lecturas y acciones, recurrir a categorías de análisis que reflejen los espacios de contacto o límite como producto de intensas interacciones entre agentes heterogéneos.

Tras un análisis sumario de los diferentes *límites-espacio* geográficos sobre los que se ha teorizado, se identificaron tres características básicas de esos espacios entre espacios: a) conflicto o presión; b) potencialidad para la articulación; y c) bidireccionalidad o hibridación.

Sin embargo, al someterse a consideración tres problemas urbanos de la actualidad de cara a estas características, se hicieron evidentes dos características más: las representaciones heterotópicas y la temporalidad; de forma que, tal como lo apunta Edward Soja, la historicidad no puede desligarse de la espacialidad, y mucho menos cuando se trata de los espacios producidos por relaciones de tipo formal-informal, rico-pobre, incluido/excluido, puesto que cada grupo crea sus propias heterotopías sobre el mismo espacio.

Se sugiere entonces el uso de la categoría de *interfases territoriales* como un espacio temporal producido por relaciones sociales de conflicto o presión, bidireccionalidad o hibridación, donde se superponen representaciones heterotópicas, pero que tiene potencial para articular el espacio social.

La identificación de las interfases territoriales podría sustentarse en el reconocimiento de las distintas dinámicas sociales que producen el espacio. Esto quiere decir que se requerirá realizar un análisis armónico de diversos indicadores que van desde los precios del suelo, cuya variabilidad constituye un fuerte indicio, hasta los resultados de entrevistas y levantamientos de información cualitativa que determinen aspectos como las representaciones y prácticas no hegemónicas.

Ahora bien, las acciones que el planificador debe acometer sobre estas *interfases territoriales* para mejorar la calidad del espacio, escapan del paradigma racionalista que soporta la visión estratégica de los planes urbanos o territoriales como se conocen hasta el momento, tal como lo plantea Jan Bazant para el caso de la consolidación urbana.

Las *interfases territoriales*, como espacios producidos por las relaciones de exclusión o segregación del capitalismo, exigen un tratamiento distinto, no totalizador, sino enfocado en la superación localizada de la injusticia espacial, lo cual es posible mediante un proceso de planificación flexible, soportado en la observación permanente, el trabajo de campo y la construcción social de la infraestructura (material e inmaterial) suficiente y necesaria para la garantía del derecho a la ciudad a futuro.

Así, las *interfases territoriales* que se intervengan, con el tiempo deberán transformarse en espacios-rótula, es decir, espacios que articulan espacios heterogéneos a través de la circulación abierta de energía positiva, que puede representarse como bienestar económico, pero sobre todo, como acceso a los servicios urbanos, no sólo a los públicos, sino también a los de la política, el conocimiento y la cultura. En este sentido, es dable resaltar que uno de los caminos de continuidad de esta investigación conduciría hacia una teoría del proyecto urbano de la interfase territorial.

## BIBLIOGRAFÍA

- Abed, J., & Kaysi, I. (2003). Identifying urban boundaries: application of remote sensing and geographic information system technologies. *Canadian Journal of Civil Engineering*(30), 992-999.
- Almandoz, A. (2007). Modernización urbanística en América Latina. Luminarias extranjeras y cambios disciplinares, 1900-1960. *Iberoamericana*(27), 59-80.
- Almandoz, A. (2013). *Modernización urbana en América Latina. De las grandes aldeas a las metrópolis masificadas*. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Arias, P. (2003). *Periferias y nueva ciudad: El problema del paisaje en los procesos de dispersión urbana*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Ascher, F. (2001). *Los nuevos principios del urbanismo*. Madrid: Alianza Editorial S.A.
- Ballén-Velásquez, L. (2014). Desbordando la categoría de borde: Reflexiones desde la experiencia bogotana. *Bitácora Urbano-Territorial*, 2(24).
- Bambirra, V. (1978). *Teoría de la dependencia: una anticrítica*. México: Serie popular Era.
- Bazant, J. (2001). Interpretación teórica de los procesos de expansión y consolidación urbana de la población de bajos ingresos en las periferias. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 351-374.
- Bazant, J. (2001). Lineamientos para el ordenamiento territorial de las periferias urbanas de la ciudad de México. *Papeles de Población*, 7(27).
- Bazant, J. (2008). Procesos de expansión y consolidación urbana de bajos ingresos en las periferias. *Revista Bitácora Urbano Territorial*, 13(2), 117-132.
- Berger, P., & Luckmann, T. (1966). *The social construction of reality*. Londres: Penguin Books.
- Blumer, H. (1969). *El Interaccionismo Simbólico: Perspectiva y método*. Englewood Cliffs: Prentis Hall.
- Breitung, W. (2011). Borders and the City: Intra-Urban Boundaries in Guangzhou (China). *Quaestiones Geographicae*, 55-61.
- Bremm, A., Weiss, F., Proença, P., Bennett, R., & Netto, T. (2009). Conflitos de gestão das Ilhas do Delta do Jacuí: o caso das Ilhas da Pintada e Grande dos Marinheiros. *Encontro Estadual de Geografia*.
- Burgess, E. (1925). The growth of the city. En R. Park, E. Burgess, & R. Mckenzie, *The city*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Caravaca, I. (2016). Introducción a la teoría de la planificación territorial (reseña). *Eure*, 42(125), 301-305.
- Carrión, F. (2001). Las nuevas tendencias de la urbanización en América Latina. En F. Carrión, *La ciudad construida. Urbanismo en América Latina*. Quito: FLACSO.

- Curran, W. (2010). In Defense of Old Industrial Spaces: Manufacturing, Creativity and Innovation in Williamsburg, Brooklyn,. *International Journal of Urban and Regional Research*, 871-885.
- De Mattos, C. (2006). Modernización Capitalista y transformación metropolitana en América Latina: Cinco tendencias constitutivas. En A. Geraiges de Lemos, M. Arroyo, & M. Silveira, *América Latina: Cidade, campo e turismo*. Sao Paulo: CLACSO.
- Delbecq, B., Kuethe, T., & Borchers, A. (2014). Identifying the extent of the urban fringe and its impact on agricultural land values. *Land Economics*, 90(4), 587-600.
- Delgado, O. (2003). Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea. *Unibiblios*.
- Downey, D. J., & Smith, D. (2011). Metropolitan reconfiguration and contemporary zones of transition: Conceptualizing border communities in postsuburban California. *Journal of Urban Affairs*, 33(1), 21-44.
- Echeverri, A., & Orsini, F. (2010). Informalidad y urbanismo social en Medellín. En C. Hoyos, *Medellín: Medio Ambiente, Urbanismo y Sociedad*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Fainstein, S., & DeFilippis, J. (2016). *Readings in Planning Theory*. Wiley Blackwell.
- Ferro, I., & Morrone, J. J. (2014). Biogeographical Transition Zones: a search for conceptual synthesis. *Biological Journal of the Linnean Society*.
- Forman, R. T., & Godron, M. (1981). Patches and Structural Components for a Landscape Ecology. *Oxford University Press*, 31(10), 733-740.
- Foster, K., & Hipp, A. (2011). Defining neighborhood boundaries for social measurement: Advancing social work research. *Work Research*, 25-35.
- Foucault, M. (Octubre de 1984). Des espaces autres. *Architecture, movement, continuité*(5), 46-49.
- Frediani, J. C. (2009). Las nuevas Periferias en el proceso de expansión urbana. El caso del partido de La Plata. *Geograficando*, 5(5).
- Gadal, S., & Jeansoulin, R. (2000). Borders, frontiers and limits: some computational concepts beyond words. *Cybergeog: European Journal of Geography*.
- Galton, A. (2003). On the ontological status of geographical boundaries. En M. Duckham, M. F. Goodchild, & M. F. Worboys, *Foundations of Geographic Information Science* (págs. 151-171).
- García, M. I. (1999). Foucault, filósofo del espacio. *Versión. Estudios de comunicación, política y cultura*(9), 43-68.
- Ghorra-Gobin, C. (2014). Le périurbain et la métropolisation. Que faut-il retenir du débat Outre-Atlantique? *Confins*(22).
- Gorelik, A. (2004). Ciudad latinoamericana: dos o tres cosas que sé de ella. *Todavía*(9). Obtenido de <http://www.lobianco.com.ar/Clientes/todaviaweb31/9.goreliknota.html>

- Griffin, D. W., & Preston, R. E. (1966). A Restatement of the "Transition Zones" Concept. *Annals of the Association of American Geographers*, 56(2), 339-350.
- Harvey, D. (1990). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harvey, D. (2008). The right to the city. *New Left Review*(53).
- Haumont, F. (1996). *L'urbanisme: région wallonne*. Larcier.
- Heineberg, H. (2006). *Grundriss Allgemeine Geographie: Stadtgeographie*. Schöningh UTB.
- Hirt, S. A. (2016). Rooting out mixed use: Revisiting the original rationales. *Land Use Policy*, 50, 134-147.
- Hurtado de Barrera, J. (2000). *Metodología de la Investigación Holística*. Caracas: SYPAL-IUTC.
- Janoschka, M. (2002). El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización. *Eure*, 28(85).
- Janoschka, M., Sequera, J., & Luis, S. (2014). Gentrificación en España y América Latina. Un diálogo crítico. *Revista Geográfica Norte Grande*, 58.
- Lefebvre, H. (1968). *El Derecho a la Ciudad*. Barcelona: Ediciones 62 S.A.
- Lefebvre, H. (1974). *La Producción Social del espacio*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- MacGregor-Fors, I. (2010). How to measure the urban-wildland ecotone: redefining "peri-urban" areas. *Ecological Research*, 25(4), 883-887.
- Márquez, L., & Pradilla, E. (2008). Desindustrialización, terciarización y estructura metropolitana: un debate conceptual necesario. *Cuadernos del Cendes*, 25(69), 21-45.
- Max-Neef, M. (1994). *Desarrollo a escala humana*. Editorial Nordan Comunidad & Icaria Editorial S.A. Barcelona.
- Mertins, G. (2006). La Renovación de los centros históricos en Latinoamérica: Fases-conceptos-estrategias. *Memorias*, 3(6).
- Millenium Ecosystem Assessment. (2005). *Ecosystems and Human Well-being: Synthesis*. Washington, D.C.: Island Press.
- Naiman, R., Décamps, H., Pastor, J., & Johnston, C. (1988). The Potential Importance of Boundaries of Fluvial Ecosystems. *Journal of the North American Benthological Society*, 7(4), 289-306.
- Nichols, J. (1923). Transition Zones. *Science*, 58(1496), 153-155.
- Niño, A., Toro, C., & Velasco, V. (2005). El borde como espacio articulador de la ciudad actual y su entorno. *Revista de Ingenierías Universidad de Medellín*, 4(7), 55-65.
- O'Sullivan, A. (1990). *Urban economics*. McGraw-Hill/Irwin. Boston, Massachusetts. 5ª edición.
- Parr, J. B. (2007). Spatial Definitions of the City: Four Perspectives. *Urban Studies*, 44(2), 381-392.
- Parraguez, L., Rodríguez, G., & Santander, M. (2006). ¿Cómo se piensa la ciudad? Análisis crítico de un siglo de gestión y planificación urbana. *Eure*, 32(96), 135-140.

- Partida, R. (1996). Reseña de "Las tecnópolis del mundo. La formación de los complejos industriales del siglo XXI" de Manuel Castells y Peter Hall. *Espiral*, 2(6), 209-215.
- Peñalva, S. (1986). Espacio urbano y sociedad en América Latina: la problemática local, emergente en un contexto de crisis. *Revista Mexicana de Sociología*, 48(4), 163-173.
- Petti, E. (2010). As ideias estrangeiras criando cidades desejáveis na América do Sul: do academicismo ao modernismo. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 14(331 (11)).
- Platt, R. (2010). The wildland-urban interface: Evaluating the definition effect. *Journal of Forestry*, 108(1), 9-15.
- Pradilla Cobos, E. (2009). La mundialización, la globalización imperialista y las ciudades latinoamericanas. *Revista Bitácora Urbano Territoria*, 15(2), 13-36.
- Pryor, R. J. (1968). Defining the Rural-Urban Fringe. *Oxford University Press*, 47(2), 202-215.
- Puente, C. (2001). Génesis, evolución y consolidación de los asentamientos clandestinos. Tres casos en la ciudad de Bogotá. Universidad Politécnica de Madrid. Escuela Técnica Superior de Arquitectura.
- Radeloff, V., Hammer, R., Stewart, S., Fried, J., Holcomb, S., & Mceefy, J. (2005). The wildland-urban interface in the United States. *Ecological Applications*, 15(3), 799-805.
- Rimassa, C., & Fernández-Silva, S. (2014). CONCEPTUALIZACIÓN DEL ESPACIO Y SU RELACIÓN CON EL DESARROLLO COGNITIVO: UN ESTUDIO PILOTO EN EL ESPAÑOL DE CHILE. *Alpha*, 137-154.
- Rodríguez, D. (2010). Territorio y territorialidad. Nueva categoría de análisis y desarrollo didáctico de la geografía. *Versión Digital Facultad de Educación*, 10(3).
- Rodríguez, J., & Arriagada, C. (2004). Segregación residencial en la ciudad latinoamericana. *Eure*, 29(89), 5-24.
- Rosch, E. (1978). Principles of Categorization. En E. Rosch, & B. Lloyd, *Cognition and Categorization* (págs. 27-48). Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Santos, M. (1990). *Por una geografía nueva*. Madrid: Espasa Calpe.
- Schaeffer, P., Kahsai, M., & Jackson, R. (2013). Beyond the Rural-Urban Dichotomy: Essay in Honor of Professor A.M. Isserman. *International Regional Science Review*(36), 81-96.
- Scott, A. J. (2013). Disintegrated development at the rural-urban fringe: Re-connecting spatial planning theory and practice. *Progress in Planning*, 83, 1-52.
- Smith, B., & Mark, D. (1999). Ontology with Human Subjects Testing: An Empirical Investigation of Geographic Categories. *The American Journal of Economics and Sociology*, 58(2), 245-272.
- Soja, E. (1996). *Thirdspace*. Cambridge: Blackwell Publishers.
- Soja, E. (2009). The city and spatial justice. *Justice Spatiale/Spatial Justice*(1).
- Soja, E. (2010). *Seeking Spatial Justice*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- Steinberg, J. (2003). La périurbanisation en France (1998-2002). *Geolnova*(7).
- Steinberg, R., Morzillo, A., Riley, S., & Clark, S. (2015). People, predators and place: rodenticide impacts in a wildland-urban interface. *Rural Society*, 24(1), 1-23.
- Tannier, C., & Thomas, I. (2013). Defining and Characterizing urban boundaries: A fractal analysis of theoretical cities and Belgian cities. *Computers, Environment and Urban Systems*, 41, 234-248.
- Tannier, C., Thomas, I., Vuidel, G., & Frankhauser, P. (2011). A Fractal Approach to identifying Urban Boundaries. *Geographical Analysis*, 43(2), 211-227.
- Torreggiani, D., Dall'Ara, E., & Tassinari, P. (2012). The urban nature of agriculture; Bidirectional trends between city and countryside. *Cities*, 29(6), 412-416.
- Valera, S., & Pol, E. (1994). El concepto de identidad social urbana: una aproximación entre la Psicología Social y la Psicología Ambiental. *Anuario de Psicología*(62), 5-24.
- Wiens, J., Crawford, C., & Gosz, J. (1985). Boundary Dynamics: A Conceptual Framework for Studying Landscape Ecosystems. *Oikos*, 421-427.
- Yemshanov, D., Koch, F., Riitters, K., McConkey, B., Huffman, T., & Smith, S. (2015). Assessing land clearing potential in the Canadian agriculture–forestry interface with a multi-attribute frontier approach. *Ecological Indicators*, 54, 71-81.
- Zusman, P. (2002). Milton Santos. Su legado teórico y existencial (1926-2001). *Documents d'Anàlisi Geogràfica*(40), 205-219.